The image shows the spine and front cover of a book. The spine is bound in a textured, olive-green material. The front cover is a dark, textured black. A small black label with white text is attached to the spine. There is some wear and tear at the bottom corner of the book, where the black cover material is missing, revealing the underlying board.

N
7
3

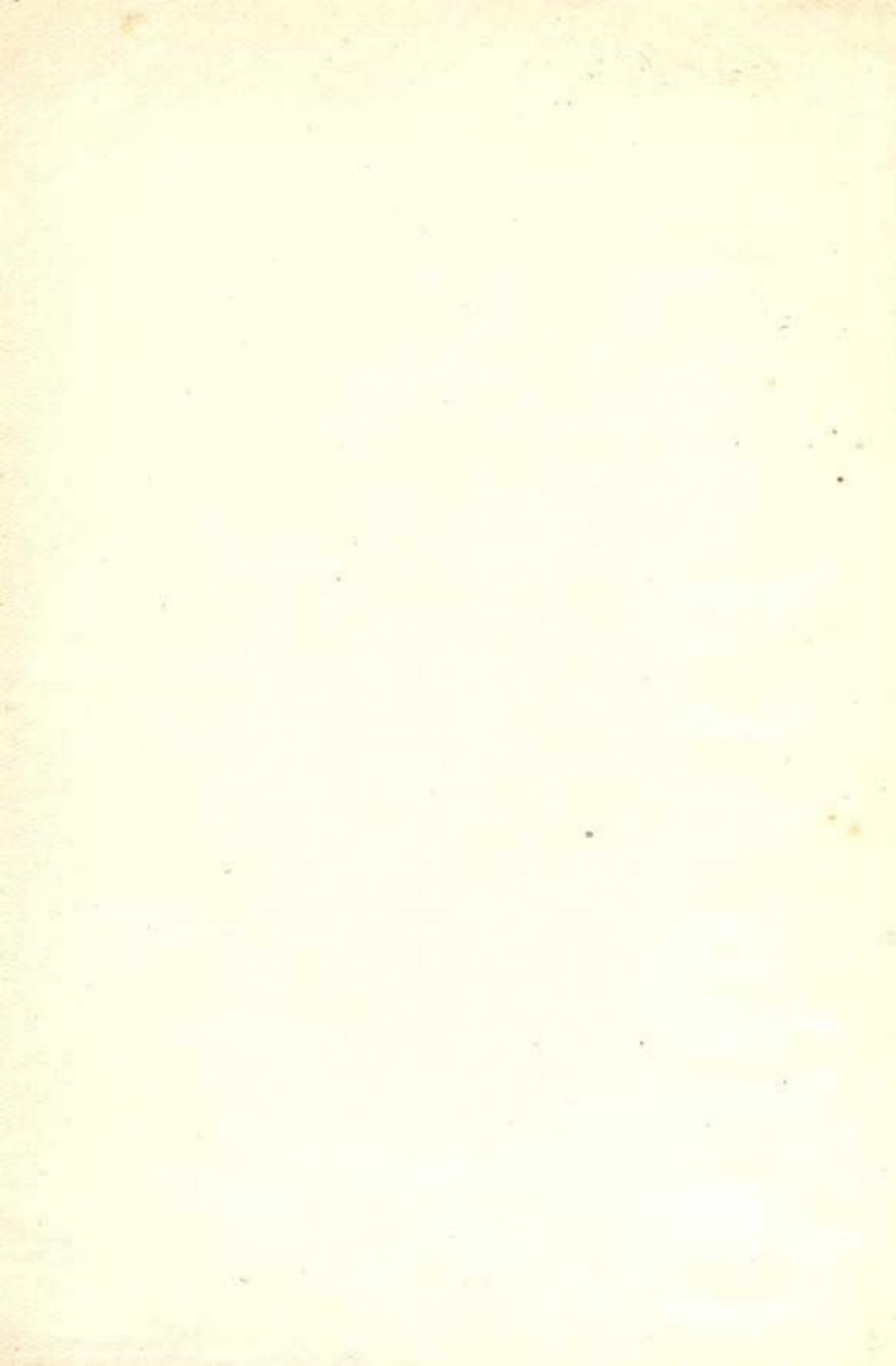
86031
REY
108

NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**

86-14









RÁFAGAS

RÁFAGAS

POESIAS

DE

ARTURO REYES AGUILAR



R. 16.691

MÁLAGA

IMPRENTA DE MANUEL CERBÁN

Baños de las Delicias.

1889

Es propiedad de su au-
tor. Queda hecho el depó-
sito que marca la Ley.

MÁLAGA.—Imp. de M. Cebán.—Baños Delicias.

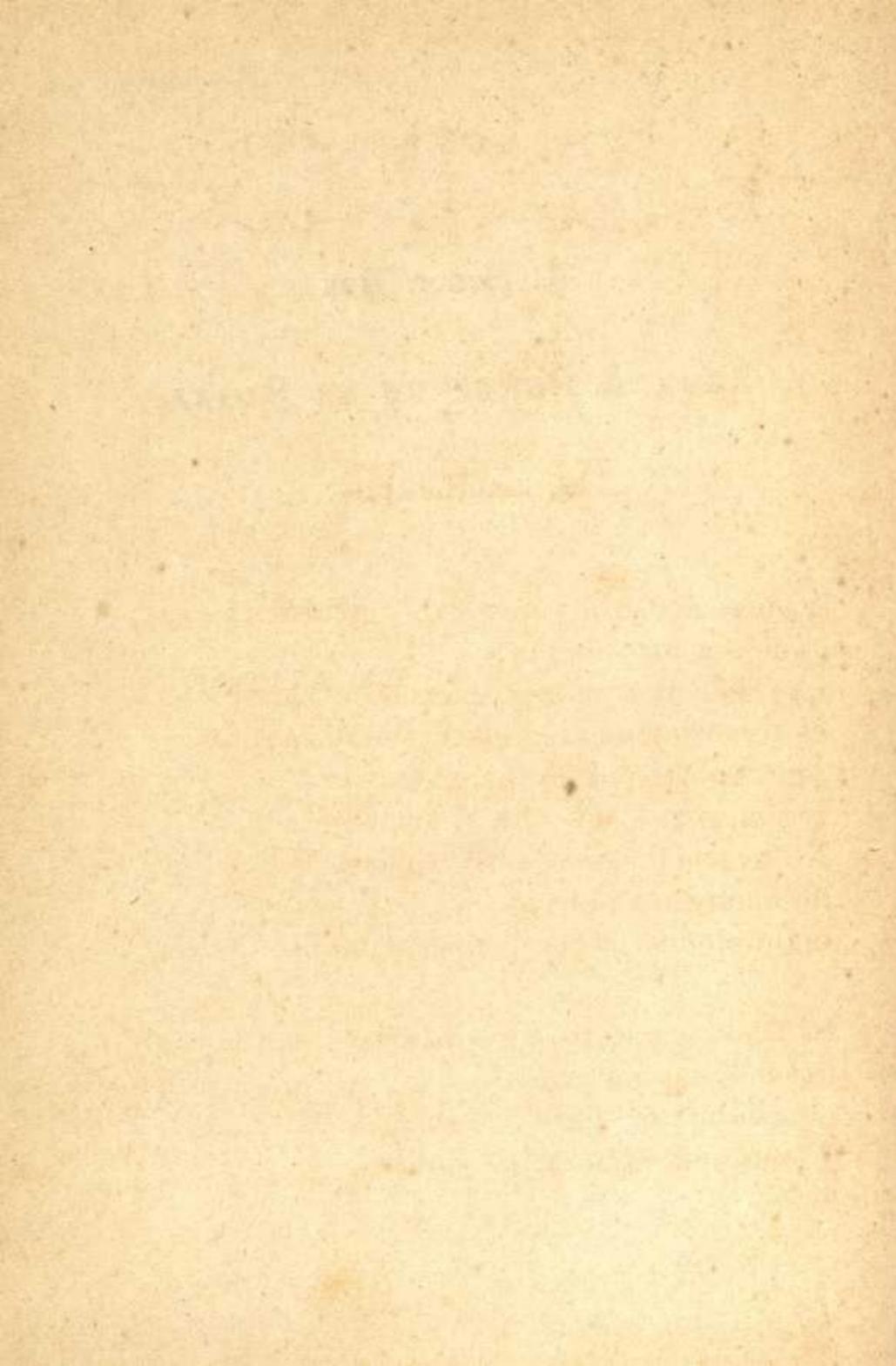
Al Señor Don

ADOLFO PEREZ DE LA PLANA,

en testimonio de cariño

Su amigo

EL AUTOR





A un Escéptico

¿Que es materia y no más, la mente humana?
¿que esa luz soberana
que hace al hombre soñar con otra vida,
es fósforo y no más que el tiempo agota?
¿que no existe una ignota
región que nos oculta el firmamento?
No te puedo creer, si te creyera,
de amargura muriera
maldiciendo la luz y el pensamiento.

Si Dios, si nuestro Dios nos sacó un día
del polvo que dormía
cincelando la efigie con su mano,
y luego terminada la escultura

un destello de luz celeste y pura
hizo anidar en el cerebro humano;
si á su voz nunca oida
en nuestras venas palpité la vida;
si puso á nuestras plantas los abrojos
que alfombran nuestra senda;
si tan solo nos pide como ofrenda
las lágrimas que abrasan nuestros ojos;
si nos dió esta mansión como Calvario
donde la humanidad solloza y gime,
y envuelta en el sudario
del dolor, se retuerce y se redime
bajo el yugo implacable de su suerte,
no es posible pensar como tú piensas
que no hay un mas allá tras de la muerte.

Si tras este luchar, tras esta guerra
el hombre terminara
en átomos dispersos por la tierra,
ni grande fuera Dios ni justiciero,
más pequeño que el hombre que atesora
dentro del corazón, rico venero
de piedad para el débil cuando llora.
Y si es bueno ese Dios ¿porqué le ofendes?

¿porqué, loco, pretendes
limitar su bondad y poderio?
¿Qué dirías del misero gusano
que se arrastra en el fondo del pantano
si quisiera flotar en el vacío?

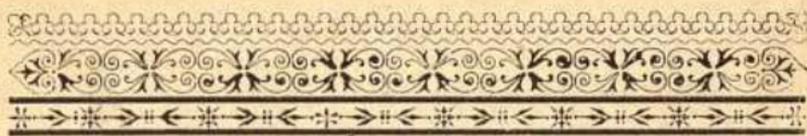
¡Pobre amigo del alma!
es á veces el hombre tan demente
cuando lleno de orgullo alza su frente
pretendiendo escalar el infinito,
como si con las fuerzas del deseo
pretendiera un pigmeo
levantar una mole de granito;
como si lleno de anhelar profundo
quisiera con su mano
ceñir la inmensidad del oceano
ó desquiciar en el espacio el mundo.

¡Loco, si, pobre loco!
á impulsos de tu triste escepticismo
desciendes al abismo
donde la duda su crespón tremola;
ya no habrá para tí dulce sosiego,
en vano buscarás la paz querida.

¡Ay! para ti ha de ser la triste vida
lo que es la luz para el que vive ciego.

Cuando caiga deshecha la escultura,
cuando llegue el momento que te aterra
y le des á la tierra
ese polvo que forma tu envoltura,
cuando tras el dolor sin esperanza
del que muere sin fé, vuele tu esencia
al dulce mas allá de la existencia,
ese Dios del que dudas, en venganza
te dará su perdón; única pena
que imponerte querrá como condena.
Ha de ser tu Jordán, el infinito
dolor que te acompañe en tu jornada,
hasta rodar inerte
en los negros abismos de la muerte
que tú llamas abismos de la nada.





Delirio

Arde en tus negros ojos la llama ardiente
del deseo, que abrasa, fascinadora,
una llama que inmensa, dulce, latente,
te delata y me dice, la delatora
los arcanos profundos que hay en tu mente

Yo he mirado en tu ojos, en su oleada
de fulgores divinos, mundos de anhelos,
que en el tibio reflejo de tu mirada
se retrata tu alma que enamorada
busca el confin brillante de ignotos cielos

Yo he visto en tu sonrisa las vaguedades

misteriosas que engedra tu fantasía,
y que alegran, hermosa, tus soledades,
y he sentido con honda melancolía
rebramar en tu pecho las tempestades.

En mis horas de insomnios te he concebido
como imagen de fuego voluptuosa,
en tus ojos un rayo de luz dormido,
y he mirado anhelante y estremecido
descubierto tu hermoso seno de diosa.

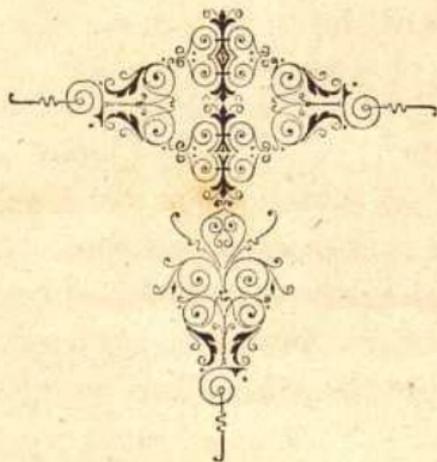
He besado tus labios secos y ardientes,
he besado tus ojos embriagadores,
he besado tus negras trenzas lucientes
y he sentido en mis venas surgir hirviente
misteriosos efluvios abrasadores.

Te he sentido convulsa y estremecida
contemplarme con ansia tenaz y loca,
delirante de anhelos y embebecida
y te he dado mi vida, toda mi vida,
al posarse mi boca sobre tu boca.

¡Horas de desvario del pensamiento
que columbra horizontes á sus antojos!

.

Diera mi vida entera, por un momento
estrecharte en mis brazos, beber tu aliento,
confundir nuestras almas, verme en tus ojos.





Andalucía

Brota la hermosa luz del claro día,
allá en la selva umbria
la yedra trepadora
envuelve al retamar en su ramaje
que el sol de Abril con sus reflejos dora;
borda su orilla con sutil encaje
de blanca espuma la serena fuente.
Besa la mar en calma las arenas
de sus playas con rítmicos rumores
que remedan sentidas cantilenas.
Surcan las mariposas el ambiente
dó la luz sus anillos tornasola.
Espléndida aureola
dibuja el sol en el cristal riente

del lago silencioso
que parece modula misterioso
un suspiro de amor dulce y ferviente.
Cruzan el ancho mar naves ligeras
que airosas y veleras
remedan cisnes de nevada pluma,
sobre el cristal de un lago
que el dulce viento perezoso y vago
cubre en sus giros de rizada espuma.
Ni el matiz de una bruma
empaña la infinita
extensión donde el átomo palpita
en las ondas del céfiro sonoro,
y el cielo ostenta sus brillantes galas
y el águila caudal tiende sus alas
y el sol esparce su matiz de oro.

El gérmen escondido
que exento de vigor durmiera un día,
rompe la tierra de arrogancias lleno
ostentando su hermosa lozania.
En el fondo de cieno,
del pantano que oculta verde lama,
hierva la vida que al reptil alienta

y que nutre y sustenta
 la savia que fecunda la retama.
 Parece que en murmullos
 se cuentan sus querellas los pinares,
 las tórtolas modulan sus arrullos,
 y las pardas alondras sus cantares;
 zumba la abeja en torno á la colmena,
 y el aura leda en vagorosos giros,
 le canta con suspiros
 una trova de amor á la azucena.

En las duras entrañas del baldío
 hunde la yunta con potente brio
 el espolón de acero del arado.
 Sudoroso y cansado
 camina el aldeano tras la yunta
 y, para descansar, busca un asilo
 debajo de algun tilo
 que su ramaje con la tierra junta.

. , . . .

¡Mansion de mis amores!
 allí entono mi canto y mis plegarias
 cuando renace el día,

coronado de espléndidos fulgores,
del ancho seno de la mar bravia
que suspira en las playas solitarias
de mi hermosa y feraz Andalucía.





¿Qué eres feliz? mentira, si, mentira:
¡feliz! no puedes serlo.
Yo te he visto llorar con honda pena
evocando las glorias de otros tiempos.

Aquellas glorias que forjara un día
tu loco pensamiento,
aquellas glorias que vendiste impura
al rico mercader que es hoy tu dueño.

Ya tienes oro, si, ya tienes oro,
à cambio de tu cuerpo;
de ese cuerpo divino de escultura
que las fiebres engendra del deseo.

Loca, dime ¿porqué? ¿por qué al venderte
lo hiciste á bajo precio?
¡Si no existe en el mundo oro bastante
para poder pagarte un solo beso!

Por un beso no más, por uno solo
diera cuanto poseo,
la sangre que palpita en mis arterias,
la savia que fecunda mi cerebro,

Mi fé, mi religión, mis afecciones,
las fibras de mi pecho,
la luz y la razon y la esperanza,
toda mi vida y mi reposo eterno.

¿Que eres feliz? mentira, sí mentira:
¡feliz! no puedes serlo;
yo te he visto llorar con honda pena,
evocando las glorias de otros tiempos.





Lo que me contaron.

Aún se eleva una vieja fortaleza
circundada por rocas y malezas,
en la cumbre de un monte,
cuya cúspide inmensa de granito
desgarra el tul del firmamento hermoso,
como informe coloso
que quisiera escalar el infinito.
Aún se elevan sus viejos murallones
cubiertos de verdines y de yedra,
que escalando la piedra
se enrosca por los anchos torreones.
Aún se miran los restos del rastrillo:
aún se mira à las plantas del Castillo
el foso mal cegado,

aún se vé, destacándose del muro,
el blason mal seguro
por dos barras de sangre acuartelado.

En mi grata niñez, allí me iba
en esas horas de abstracción y penas
en que el alma cautiva
parece que rompiendo sus cadenas
se eleva en alas de ferviente anhelo
por las ondas brillantes de ese cielo,
dintel azul del insondable arcano,
á donde llega el pensamiento humano
queriendo atravesarlo con su vuelo.

Allí marchaba al despuntar el día
cuando la luz surgía
en crisoles de oro por Oriente,
en raudos y brillantes remolinos,
alumbrando los lagos cristalinos
con su fulgor luciente.
Sobre la mano la ardorosa frente,
recostado en la negra barbacana,
evocaba con pena
una historia de amor que me contaron

una noche de invierno, en la cercana
y risueña alquería,

en donde ví de la existencia mia
deslizarse la plácida mañana.

Una historia de amor triste y doliente,
una de esas historias que escuchamos
con ceño adusto y con fruncida frente.

*
* *

Diz que era un conde valeroso y bueno,
de arrogante apostura y gallardía,
de alma sensible y de mirar sereno.

El conde enloquecía

de amor por su garrida castellana.

Era aquella, una hembra que tenía

en sus garzas pupilas luminosas

todo el fuego del sol de Andalucía;

negro y rizo el cabello

acariciaba su desnudo cuello,

hecho de nácar y jazmin y nieve;

como negra cascada brilladora,

era dulce su voz, dulce y sonora,

su seno hermoso y su cintura breve.

El conde la adoraba, como adora

sus ensueños divinos el poeta,
esos sueños de luz embriagadora
que al pigmeo convierten en atleta,
y al triste ocaso en reluciente aurora.

En día perfumado y luminoso
un bardo provenzal llegó al castillo.
Levántose el rastrillo
y echóse el puente sobre el ancho foso
dejando al trovador franca la entrada.
Aquella tarde, cuando el sol poniente
se escondía tras las cumbres de la sierra,
y bañaba el crepúsculo la tierra
y llenaba de sombras el ambiente,
el conde y la condesa reclinados
sobre cogines de damasco y oro,
escuchaban el cántico sonoro
del huésped trovador; este á su lira
arrancaba los sones más divinos,
eran vagos, arpergios peregrinos,
ecos dulces del aura que suspira
en los límpidos lagos cristalinos;
su voz sonora cadenciosa y grave
era el trino del ave,

la voz de las espumas y las olas,
era un ritmo sin nombre, vago y lento,
un sollozo del viento
al besar de las flores las corolas.

No hay dique que resista eternamente
el impetu velóz con que el torrente
su camino socava,
y no hay mármol ni bronce que resista
al buril ó al cincel con que el artista
en él su inspiración esculpe y graba.
No hay hembra que en la lucha
del amor y el deber, salga triunfante,
si el asedio prolonga enamorado
el gladiador que osado
lucha y relucha con afan gigante.

Que es absurda teoría
dirán muchos, tal vez, la que proclamo,
que lo afirmo quizás porque no amo
la virtud, la honradez ni la hidalguia.
¡Quisiera Dios que lo que pienso fuera
absurdo de mi loca fantasía!

Seguiremos la historia
sin tanto divagar pues todo era
para decir que la condesa hermosa,
olvidando su estirpe y su recato,
se enamoró del trovador errante
y cayó, en un instante,
desde su trono de virtud, al fondo
del abismo mas hondo
que abriera el vicio á la honradez triunfante.

II.

Hay dolores inmensos que quebrantan
los lazos de la vida:
dolores que levantan
en el fondo del alma estremecida,
un mundo de feroces paroxismos,
luchas inmensas, tempestades locas,
donde el rayo calcina hasta las rocas
y el cielo se desploma en los abismos.
Así en el corazón del bravo conde
bramó la tempestad, sorda y potente
cuando, franco y valiente,
á contarle llegó su pobre page
aquel inmenso ultraje
que cubrió de rubor su altiva frente.

—Allí están los culpables, los he visto,

y le juro por Cristo
que un instante la rabia armó mi brazo.
No pudo decir mas. Se hundió el acero
de la espada del conde, hasta su pomo
en el pecho del misero escudero.
¡Loco el que quiere levantar la roca
que cubre la ancha boca
del volcán encendido!
El noble conde, con la vista vaga,
empuñando convulso su ancha daga,
con la faz demudada y pavorosa,
y muerto de dolor, llegó á la puerta
de la estancia dorada de su esposa,
llevando el alma desgarrada y yerta.

Según me relató mi cortijero,
al dia siguiente de la noche aquella,
amaneció la castellana bella
muerta como también el caballero
que al mundo vino con tan negra estrella,
que al ir á recobrar su honra perdida,
y al hallarla, arrancándole la vida
con firme corazón y brazo fuerte
á la esposa perjura,

también halló la muerte,
¡á la par que su honor su sepultura!

Murió á manos del bardo el caballero:
fué buen golpe y certero
aquel que por la espalda dió villano
al noble conde que le diera un dia,
olvidando su humilde gerarquia,
su amistad toda, al estrechar su mano.

Se alejó el trovador, y muchos años
pasaron. Desde entonces
estaba abandonado aquel castillo:
ya en su oscuro recinto no se oía
al despuntar el dia,
levantar las cadenas del rastrillo,
ni echar el puente, ni el clarin sonoro
resonaba en los cóncavos del monte
alarmando la caza en la maleza.
Parecia dormir la fortaleza
ese sueño tenáz de las ruinas,
donde las golondrinas,
huyendo de su lúgubre tristeza,
no fabrican sus nidos:

que el pájaro también busca la vida,
y la selva escondida
también tiene su ritmo y sus latidos.

Una hermosa mañana, vió un labriego
al pasar por delante del castillo,
que el sol bañaba en su rojizo fuego,
pendiente de una almena
un cuerpo ya sin vida,
rígido y sin calor y monstruoso.
Era que el trovador buscó reposo
pretendiendo escapar de su conciencia,
de ese algo misterioso
que acibara ó que endulza la existencia;
un algo luminoso
dó se extingue la luz de nuestra ciencia.

Desde aquel día, abandonado y triste,
el castillo resiste
el peso de los años, y las viejas,
refieren mil consejas
y juran y perjuran que allí mora
la sombra aterradora
del bardo provenzal, el condenado

espíritu malvado
que allí su infamia y su delito llora.
Diz que en las noches del invierno helado,
las robustas almenas
un fantasma recorre, que, enlutado,
vá arrastrando á su paso sus cadenas,
y que pulsando gigantesca lira,
arranca de ella pavorosos sonos
y entona sus canciones
con un acento que pavor inspira,
hasta que el día brota
de la región ignota
dó la luz se elabora eternamente.

.
.
.

Mil veces en la negra barbacana,
al brotar la mañana
en su carro de luz por el Oriente,
vi lúgubre flotar en mi memoria
por inciertas penumbras rodeado
el espectro enlutado
del bardo provenzal de nuestra historia.





Pecadora

La miré llorar con pena
presintiendo su extravío,
algo flotaba sombrío
sobre su frente serena;
miré su faz de azucena
teñida por el rubor,
y tras la lid del pudor
con las ansias del placer,
quedó vencido el deber,
quedó vencido el honor.

Fué rodando lentamente
hasta el hondo precipio,
en donde el lodo del vicio
salpicó su blanca frente.

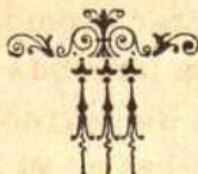
Pecadora impenitente
interin más descendía,
más á su antojo fingía
en aquel antro de cieno,
un mar de placeres lleno
y de color y armonía.

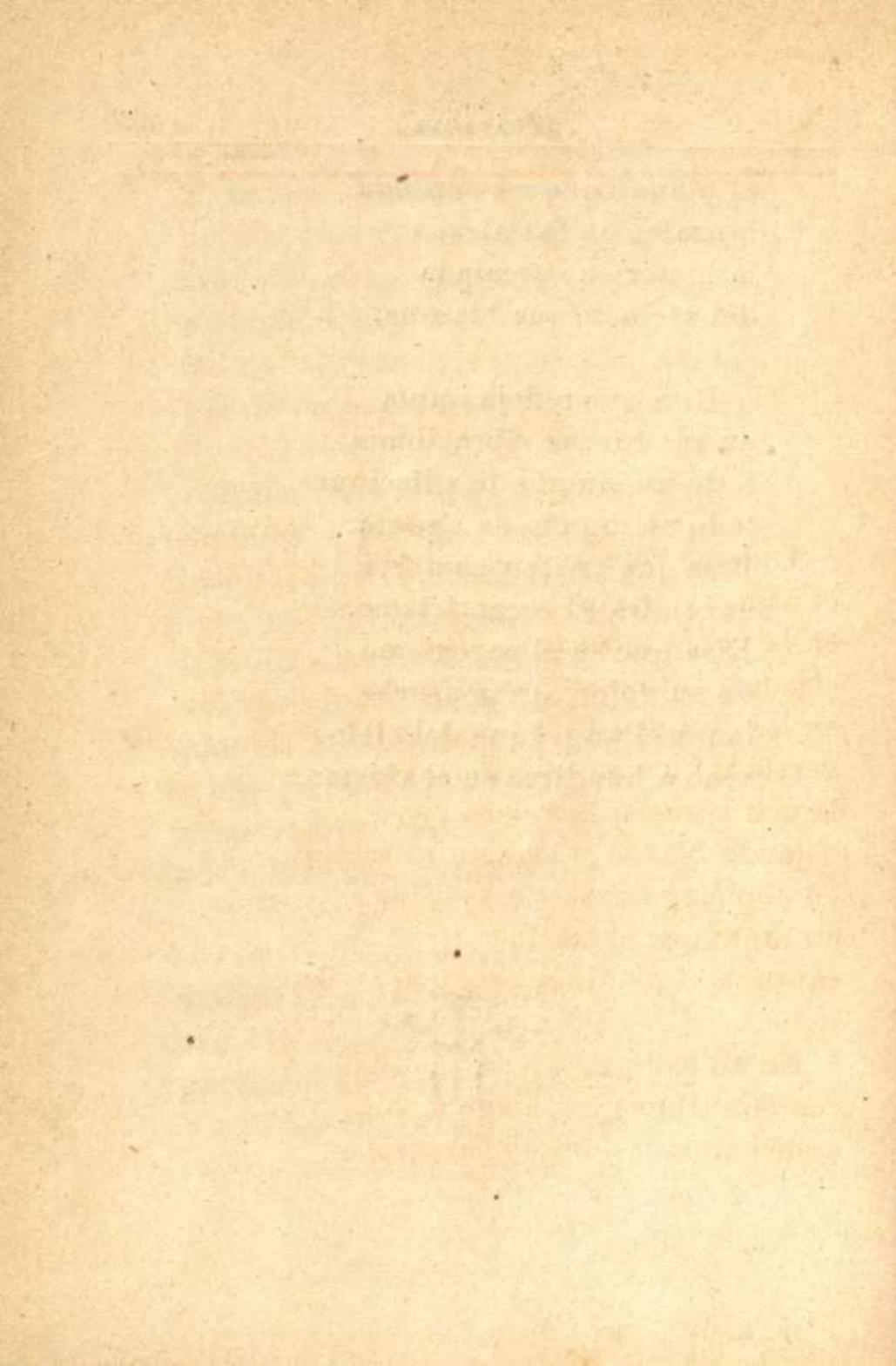
¡Cuán triste fué su destino!
Primero la luz que asombra,
luego la envolvió la sombra
en mitad de su camino.
Envuelta en el torbellino
del vértigo, la vestal
rodó de su pedestal,
y hoy camina con desdoro
arrastrando su decoro
por la ciénaga social.

Desdichada y delincuente
se deja arrastrar vencida,
como la arista impelida
por las ondas del torrente.
Ya no hay nubes en su frente,
ya la impúdica matrona

al mundo que no perdona,
lánzale con faz airada
la histérica carcajada
del vicio de que blasona.

Risa que refleja impia
en sus roncas vibraciones,
todo un mundo de aficciones,
todo un mundo de agonía.
Risa que triste y sombría
engendra su escepticismo.
Risa que en el paroxismo
de su dolor, sin consuelo,
lanza el ángel que del cielo
vino á hundirse en el abismo.







A mi vieja.

Todo en reposo y en quietud yacia,
el pájaro dormía
en la verde espesura solitaria,
el céfiro entonaba una plegaria
en los declives de la playa hermosa,
vertía la luna su fulgor suave,
la mar surcaba la velera nave,
dejando blanca y brilladora estela
en el piélago azul y cristalino,
en tanto que el marino
cantaba al pié de la crugiente vela.

En un lecho de arena reclinado
con mis afanes y contigo á solas,
escuchando las dulces barcarolas

que el viento susurraba, enamorado
de las blancas espumas de las olas;
te dije mi cariño,
y mi honda pena y mi anhelar ferviente,
y, cual besa la madre al tierno niño,
me besaste en la frente
diciéndome con voz dulce y sentida:
“Persigues un fantasma inútilmente;
el ocaso esta léjos del oriente,
tú comienzas la senda de la vida
y yo mi ancianidad miro cercana.”

No te dejé acabar, ¡divina anciana!
entre mis brazos te estreché anhelante,
y ya loco de amor con embeleso
posé un ardiente beso,
largo, como fué larga mi agonía,
en los rojos carmines de tu boca.

.
Jamás olvidará mi mente loca,
aquel beso de fuego ¡vieja mia!





Primavera.

A MANUEL ALTOLAGUIRRE

Ya la feraz primavera
llena de luz y colores
tendió su manto de flores
por la brillante pradera;
ya la escabrosa ladera
perdió su matiz sombrío,
y el sol en el bosque umbrio
piélagos de luz derrama,
y tornasola la grama
y rebervera en el río.

Rizan las auras serenas
las espumas de los mares,
que entre rítmicos cantares

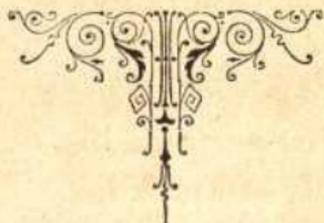
besan sus diques de arenas.
Perfuman las azucenas
las vagas ondas del viento,
y con misterioso acento
en las frondas apiñadas,
modulan las perfumadas
hojas, un dulce conciento.

Del lago en la linfa pura
baña el cisne su plumaje
hecho de luz y de encaje
de inmaculada blancura.
Bajo un dosel de verdura
y en un pedestal de flores,
modulan los ruseñores
sus arpegios peregrinos,
y rien los cristalinos
arroyos murmuradores.

Son oleajes de aromas
los céfiros perfumados,
y son iris estampados
los declives de las lomas.
Surcan las blancas palomas

ondas de luz y escarlata,
y en las breñas se desata
el manantial, que, sonoro,
ostenta vetas de oro
en sus raudales de plata.

Canta alegre el campesino
en su labor fatigosa,
y la alondra querrellosa
en los surcos del camino.
Luce matiz coralino
el horizonte lejano,
y en el fondo del pantano,
en donde el reptil anida,
surgen gérmenes de vida
con el calor del verano.





Tempestades.

Huracan que rebramas en la altura
modulando la voz del ronco trueno,
y te agitas rugiente
sobre el mundo, que mira con pavora
encrespase, á tu voz, el hondo seno
de sus mares, que bordan las arenas
con encajes de nítida blancura,
y sus tallos doblar las azucenas
sobre el claro cristal del ancho rio,
y tender en el valle la palmera
el airoso crestón de su cimera
que se mece gallardo en el vacío:

Tú, que por pedestal tienes los mundos,
y por dosel el firmamento hermoso,
tú, que salvas potente los profundos

abismos de la nada
con vuelo poderoso,
tú, que tienes por trono y por morada
el transparente azul del infinito,
y que miras las moles de granito
elevarse á tus plantas
como granos de arena en los desiertos,
tú, que en giros inciertos,
ora rizas el mar, ora levantas
sus ondas en revuelto torbellino,
y errante peregrino
rebramas en la cumbre
donde su crater el volcan ostenta
y bañas tus crespones de tormenta
del vivo sol en la rogiza lumbre.

¡Escúchame un momento, hablarte ansio,
que tú eres el poder que yo he soñado
en mi loco y ardiente desvario.
¡Huracan! cuántas veces te he invocado
al sentirte rodar por el vacío!
Cuántas veces á solas con mi anhelo,
voló mi pensamiento hasta ese cielo
donde ostentas tu régio poderio,

mirando indiferente,
al hombre que se arrastra por el mundo,
cual mísero gusano,
que pretende en su afán loco y profundo
romper el hondo arcano,
y el estrecho circuito donde gira,
sintiendo en su cerebro arder la pira
donde se abrasa el pensamiento humano.

También en el cerebro enardecido
donde el genio se inflama,
y el estro bendecido
hace ondear su gigantesca llama,
hay récios huracanes,
lobregueces y ráfagas de afanes,
y un cielo dó la idea
palpita, y se retuerce y centellea.

Pero tú, vas sembrando por doquiera
espantos y congojas y amarguras,
tú, despojas de flores la pradera
y á tu paso se cubren de negruras
los inmensos desiertos del vacío,

rugen los mares, se desborda el río
y el rayo se dibuja en las alturas.

¡Heraldo de pavor y de ruina,
grandiosa tempestad, nuncio de guerra!
mi espíritu te admira y no se aterra
al éco de tu voz, en la mezquina
envoltura de polvo que lo encierra!

Tempestades también rugen airadas
en la esfera dó gira el pensamiento,
entre nubes de pena y sentimiento
y entre sombras y dudas enlutadas:
si luchas hay en ti, lucha infinita
sostiene en el cerebro enardecido
la duda con la ciencia,
y si á tu ronca voz, el mar se agita
y surge el rayo de tu seno henchido
de lavas y furoros,
también al soplo de divina esencia,
en el cerebro humano, entre esplendores
surge la inteligencia,
del fondo de lo abstracto, como brote

de los espacios en región ignota,
tras las nubes el sol entre fulgores.

Sigue rugiendo tempestad bravia
en la brillante inmensidad vacia,
que nos oculta el insondable arcano;
sigue tenaz en tu constante guerra,
mi espíritu te admira y no se aterra
al éco de tu voz en el humano
recinto miserable que le encierra.



The first of these is the
 fact that the
 government
 has been
 successful
 in
 its
 efforts
 to
 bring
 about
 a
 more
 equitable
 distribution
 of
 the
 national
 income.
 This
 has
 been
 achieved
 through
 a
 series
 of
 measures
 which
 have
 been
 designed
 to
 reduce
 the
 income
 tax
 burden
 on
 the
 lower
 income
 groups
 and
 to
 increase
 the
 tax
 burden
 on
 the
 higher
 income
 groups.
 The
 result
 has
 been
 a
 more
 equitable
 distribution
 of
 the
 national
 income.
 This
 has
 been
 achieved
 through
 a
 series
 of
 measures
 which
 have
 been
 designed
 to
 reduce
 the
 income
 tax
 burden
 on
 the
 lower
 income
 groups
 and
 to
 increase
 the
 tax
 burden
 on
 the
 higher
 income
 groups.



The second of these is the
 fact that the
 government
 has been
 successful
 in
 its
 efforts
 to
 bring
 about
 a
 more
 equitable
 distribution
 of
 the
 national
 income.
 This
 has
 been
 achieved
 through
 a
 series
 of
 measures
 which
 have
 been
 designed
 to
 reduce
 the
 income
 tax
 burden
 on
 the
 lower
 income
 groups
 and
 to
 increase
 the
 tax
 burden
 on
 the
 higher
 income
 groups.
 The
 result
 has
 been
 a
 more
 equitable
 distribution
 of
 the
 national
 income.
 This
 has
 been
 achieved
 through
 a
 series
 of
 measures
 which
 have
 been
 designed
 to
 reduce
 the
 income
 tax
 burden
 on
 the
 lower
 income
 groups
 and
 to
 increase
 the
 tax
 burden
 on
 the
 higher
 income
 groups.



En el monasterio.

Por las altas vidrieras de colores
penetraban los tÍbios resplandores
del luminar del día,
inundando con luz ténue y medrosa,
la nave silenciosa,
donde la vida al parecer dormía.

Allí, al pié del altar, puesta de hinojos
y en el Hijo de Dios fijos los ojos,
me dijiste con voz dulce y suave
como el trino de un ave:

—Te juro por Jesús crucificado
que solo he de ser tuya
ó esposa del Señor, sí, seré suya
si el destino me aleja de tu lado,
Lloré de gratitud, recé ferviente,
y al Dios Omnipotente

levanté agradecido mi plegaria.
Nunca he vuelto á rezar como aquel día,
en la gótica nave solitaria
y á los pies del altar en la abadía.

*
* *

Otra vez te vi allí, puesta de hinojos,
pero tus dulces y divinos ojos
miraban hacia el suelo,
pendia de tu cabello el blanco velo
de la virgen que abdica su pureza
en aras del amor ó el egoismo,
blancas flores ornaban tu cabeza,
pero habia en tu mirada la tristeza
del que rueda del cielo hasta el abismo.
Otro hombre fué tu dueño,
le vi mirar risueño
tus espléndidas formas de escultura.
¡Postor afortunado de un tesoro!
él á cambio de oro
fué dueño de tu espléndida hermosura.

*
* *

Ya no vas al altar, como otras veces,
á levantar tus preces
al dulce Redentor y juez sublime
de aquel perjurio impio
que engendra en tu cerebro el desvario
del temor, que ni salva ni redime.

En tus horas de insomnios y amargura
has de ver de Jesus la imágen pura
evocando perenne en tu memoria
la página más triste de tu historia,
la página enlutada de aquel dia
en que juraste con erguida frente
amarme eternamente,
á los piés del altar en la abadía.





Perspectiva.

El sol hermoso su luz derrama
y los cristales del lago inflama
con sus fulgores,
graba en el cielo sus aureolas,
gimen las brisas y sus corolas
abren las flores.

La parda alondra blanda aletea
salta, se posa, revolotea
sobre el arado,
lanza el jilguero sus dulces trinos
en los jarales y en los espinos
y en el sembrado.

Salta sonoro de breña en breña

el arroyuelo que se despeña
por las cañadas.
y las adelfas y los juncales
y las gayombas, en sus cristales
se ven copiadas.

Del monasterio en la ruinosa
torre que un día se elevó hermosa,
sobre sus muros,
tiende la yedra sus cortinajes
y la circunda con sus encajes
verdes oscuros.

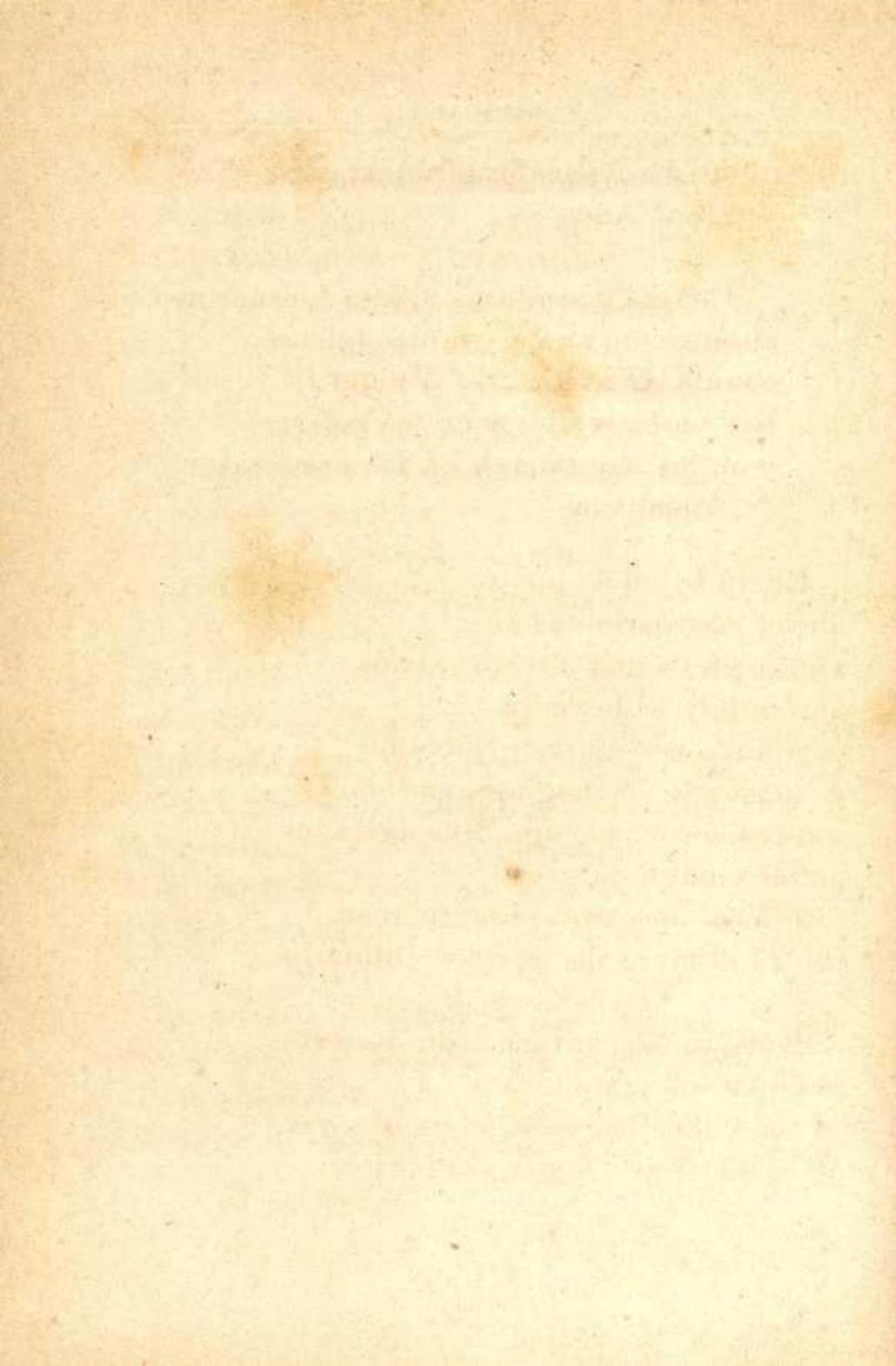
Las mariposas lucen sus galas,
baten airoosas sus negras alas
las golondrinas.
Natura al hombre dá sus tributos
y recolectan sabrosos frutos
las campesinas.

Conduce el viento, de la campana,
de hermosa hermita que está cercana,
los sones vagos,
que se confunden con los rumores

de los arroyos murmuradores
y de los lagos.

¡Cuánta grandeza, cuánta hermosura
cuántos encantos, cuánta dulzura,
cuánta armonía,
hay en los valles y en las laderas
y en las montañas y en las praderas
de Andalucía!







Una historia Vulgar.

I.

En un lecho de piedra
que el mar perenne baña,
aún se eleva una misera cabaña
que empavesa la yedra
escalando sus muros grieteados
y cubriendo sus negras hendiduras
con sus verdes encajes, que agitados
por el viento, parecen
fatídicos espectros que retuercen
contra el muro sus cuerpos enlutados.

Semejan los contornos un desierto;
todo parece yerto
en todo aquello que la vista alcanza;
no se vé ni una flor sobre la tierra

desde el mar á la sierra,
que levanta su mole en lontananza,
desgarrando el dosel del infinito
con su inmensa corona de granito.

A los piés de la choza el mar se agita,
ora ruge y palpita
levantando en montañas su oleaje,
ora entona sentidas barcarolas
y dibuja en sus playas con sus olas
randas divinas de armiñado encaje.

Alli la vida es triste y silenciosa,
todo duerme y reposa
en torno á la cabaña de mi cuento,
menos el pobre pescador anciano
que habita la cabaña, un veterano
de la playa, que aún gana su sustento
luchando con las olas, mano á mano.

En su frente cansada
grabó la ancianidad su augusto sello,
blanqueó su cabello
y llenó de nostalgia su mirada;

pero aún queda á su cuerpo enflaquecido
algo de lo que ha sido,
un resto de valor y de energia,
aún maneja los remos fácilmente,
aún tira de la red con valentia,
y con la pesca que recoge al dia
se marcha alegremente
á venderla en el pueblo más vecino,
que dista de la choza gran tirada,
y termina el anciano su jornada
sin descansar jamás en el camino.

II.

El ventero del pueblo que era un santo,
que siempre estaba al tanto
de la vida de todos, cierto día
en que le preguntara por el viejo,
frunciendo el entrecejo
me dijo con humilde cortesía.
¡El viejo de la choza!: buen sugeto!
Si yo no fuera como soy discreto
y poco mal pensado,
le diría que imagino
que ese viejo marino
ha de ser un bandido disfrazado.

Entré en curiosidad y una mañana,
al despuntar el día,
salí con dirección á la lejana
choza del pescador, cosa que puso
con semblante mohino al posadero,

que como santo al fin, el tal supuso
que pudiera robarme el viejo intruso
el relój, las sortijas y el dinero.

En dos horas me puse en la cabaña:
llegué con ánsia estraña
hasta el mismo dintel, sobre una roca
estaba el pobre pescador sentado
componiendo su red tranquilamente.
Se alzó al verme llegar, hasta su lado,
y con aire cortado
contestó á mi saludo humildemente.

Alegando cansancio, sobre el suelo
me senté, para darle compañía,
y á la hora el abuelo
conmigo compartía
de la pesca y la mar que bramadora
en las áridas calas embestia:
yo aprendí en aquel día
todo un curso de pesca en una hora.

III.

Tras dos semanas de amistoso trato
rompió su hondo recato,
y una mañana me contó su historia
reclinados los dos sobre la arena;
aún me parece que su voz resuena
como un seco estallido en mi memoria.

No sé donde nací, me dijo el viejo,
solo recuerdo bien que á los diez años
era solo en el mundo y que vivia
del pescado del copo que caia
al salir de la mar sobre la playa,
á costa del furor de los patrones
que en muchas ocasiones
azotaron mi cuerpo con la tralla.
Vendia el pescado por cualquiera cosa:
dormia en el verano
en la playa arenosa,

escuchando el rumor del oceano
que entonaba su eterna cantilena,
y en el invierno, tiritando y yerto,
buscaba un dormitorio mas cubierto,
en las barcas varadas en la arena.

Así pasó mi infancia y llegué á hombre,
á esa edad en que el niño se agiganta
y en que afanoso la cerviz levanta
para ver su mañana tan soñado.
Yo vi un mundo de luz y en este mundo,
miré un surco profundo
de sombras tristes por doquier poblado.

Una vez al cruzar por un paseo,
miré á un viejo llorar amargamente,
estrechaba su mano fuertemente
la mano de un rapaz flacucho y feo.
Lloraba de dolor y de coraje
porque al ir á pedir una limosna
á un caballero de flamaute traje,
con esa impertinencia
que engendra la vegez y la indigencia,
tanto llegó á cansarle con su duelo

que aquel le dió villano
un violento empujón al pobre anciano
que al rodar por el suelo,
contra las piedras se partió una mano.

Ardí en indignación y en rabia loca
y su conducta reproché iracundo:
con desprecio profundo
me miró él y al enteabrir la boca
un torrente de ultrajes brotó de ella.
No sé qué pasó en mí en aquel instante,
yo nunca me he sentido tan gigante
como la noche aquella
en que loco, ó quijote, ó justiciero
por vengarme y vengar al pobre anciano
puse mi ruda mano
en el rostro de aquel mal caballero.

Fuí llevado á la cárcel, donde estuve
hasta cumplir la pena que en castigo
de mi horrible atentado
me impuso el noble juez, todo indignado,
porque aquel caballero era su amigo.
Tambien hubo un testigo

que juró y perjuró. noble y sincero,
que yo herí por robar al caballero,
y aquel que tal jurara, fué el mendigo.

Desde allí fui á servir como soldado
y al salir del cuartel, ya licenciado,
llevaba como mi único tesoro,
un balazo ganado
luchando por mi pátria allá en el moro.

Despues volvi á la playa, donde un dia
viviera del pescado que caia
de la red, al salir sobre la playa.
Yo le juro, señor, que ni un momento
turbé el dulce contento
de los chicos del copo con mi tralla.

Era todo mi afán, vivir honrado,
ganar algún dinero
para comprar un bote, que velero
arrastrara la red con el pescado:
y feliz y tranquilo,

escoger en el gremio compañera,
que por siempre conmigo compartiera
la choza que soñaba como asilo.

IV.

Permita V., me dijo el solitario
pescador, con voz ruda,
que descanse un momento solamente,
pues ya llego al final de mi calvario;
y encendiendo su pipa lentamente
con aire triste y con cuidado sumo,
miró algunos segundos fijamente
perderse entre las nieblas del ambiente
los mil espectros que fingiera el humo.

Así siguió su comenzada historia:
—Hay un mundo de gloria,
y un mundo de dolor y de fatiga
en esta etapa que á contarle voy;
le juro por quien soy
que será la verdad lo que le diga.

Conocí á una mujer en mala hora,

yo no sé si era hermosa, mas lo cierto
es que yo la adoré, como se adora
la vida, si en la barca pescadora
nos coge el temporal, lejos del puerto.

La amé mucho, señor, la amé ferviente
y un dia, enamorado y souriente,
la llevé hasta el altar de la abadía:
¡qué instante más hermoso aquel instante
en que lleno de afán y delirante,
besé aquella muger que ya era mia!

Algún tiempo pasó, y una mañana
en que salí á la mar, rugió tan fuerte
el rudo temporal, que fuera vana
empresa echar la red, y á la cercana
costa viramos, por mi triste suerte,
luchando con las ondas que á los cielos
lanzaban sus espumas,
casi perdidos en las blancas brumas
que esparcian doquier sus densos velos.
A la playa arribamos felizmente,
yo llegué hasta mi choza, estaba abierta,
y al empujar la puerta,

algo terrible me azotó la frente.
En brazos de mi hembra tan querida
miré á otro hombre á quien llamé mi amigo.

.

Yo mismo les impuse su castigo,
fuí alevoso y cruel, fui parricida,
porque con hondas sañas,
ó bien loco ó quiñote ó justiciero,
hundí mi fuerte acero,
sin pensar que lo hundia, en sus entrañas.

Confesé mis delitos y mis jueces
más buencs que otras veces
me impusieron cadena por diez años.
No fuí como en antaños,
me cansé de ser bueno, por fortuna,
y en verdad, le confieso,
que no hubo en el penal ningun exceso
en que yo no tomara parte alguna;
y fuí tahur y jugador y el dia
que cumplí mi condena ya tenia
en mi cinto algun oro amontonado,
fortuna que jamás habia logrado
cuando homenaje á la virtud rendia.

Compré ese pobre bote y estas redes,
y labré esta cabaña donde miro
deslizarse el final de mi existencia.

—No le grita, le digo, su conciencia?
Me miró tristemente, dió un suspiro
que pareció aliviarse de un gran peso,
y sin mostrar por mi pregunta enojos.

—Yo no sé lo que es eso
y soy feliz, me respondió el anciano,
secando con el dorso de su mano
el llanto que brotaba de sus ojos.





Contraste.

Yo sufro porque te adoro,
tú eres rica, yo soy pobre,
mi pedestal es de cobre,
tu pedestal es de oro:
cuando tú ries, yo lloro,
y en contrastes peregrinos,
siendo diversos caminos
los nuestros, nos encontramos,
y á veces, locos, pensamos
enlazar nuestros destinos.

Tú eres la luz que se ostenta
en la gloria bendecida,
yo soy la sombra nacida
del seno de la tormenta,
tú eres la nube que lenta

resbala por el vacío,
yo soy el soplo sombrío
de la tempestad sin freno,
tú eres el lago sereno,
y yo el torrente bravo.

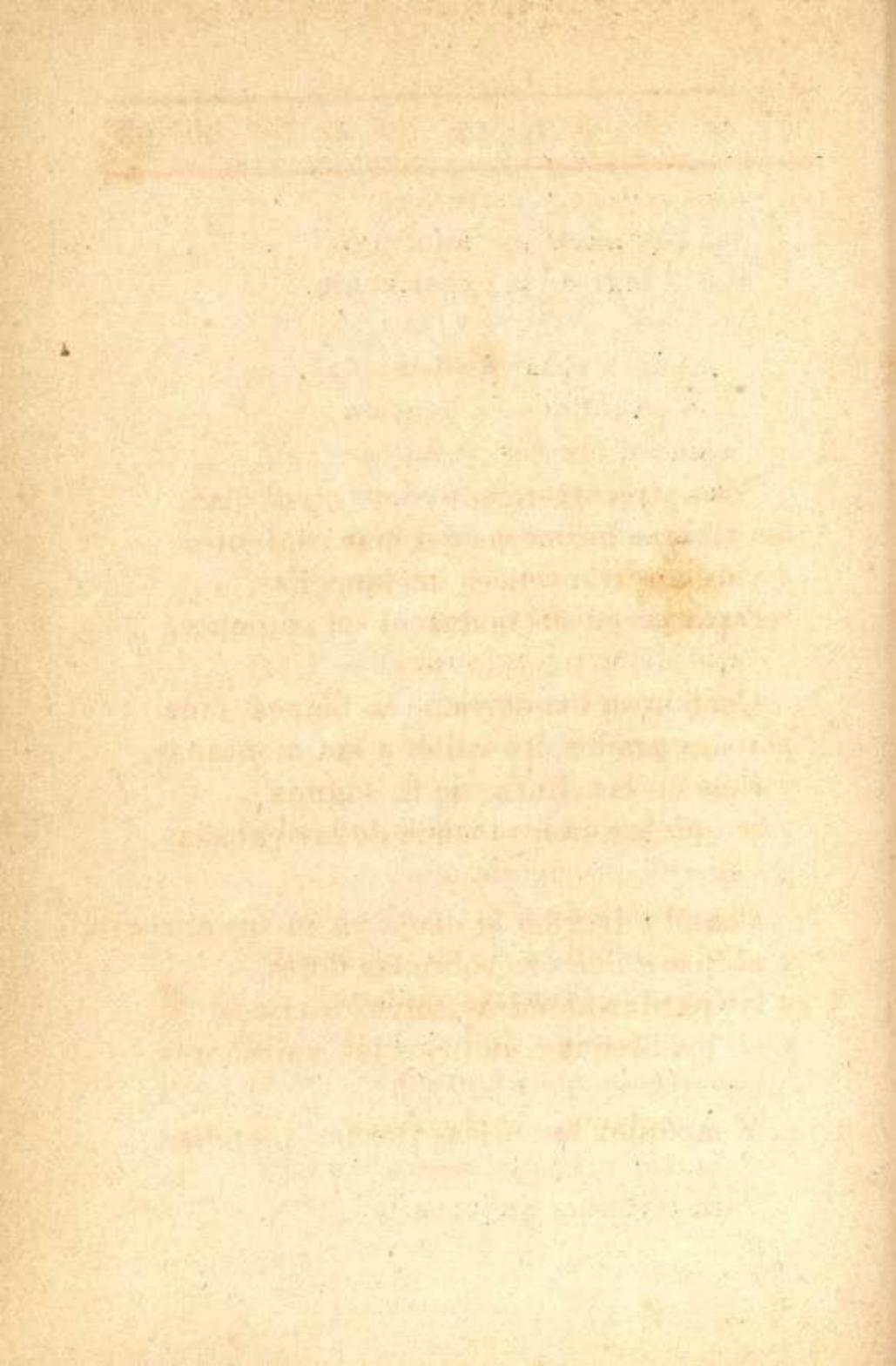
Tú eres la flor que perfuma
con su hálito el ambiente,
yo, el ciprés que hunde su frente
en la región de la bruma;
tu eres encaje de espuma,
que ardiente el sol tornasola,
yo soy la rugiente ola
que á la playa se encamina,
yo soy la densa neblina,
tú, la brillante aureola.

Tú marchas por un camino
lleno de luz y hermosura,
yo sigo la senda oscura
que me trazó mi destino;
tu eres bajel peregrino
en el mar de la inocencia,
cuya pura transparencia

nos seduce y embriaga,
yo soy nave que naufraga
en el mar de la experiencia.

Aún á ti la fé te escuda ,
con su influencia bendita
y en mi cerebro se agita
la serpiente de la duda;
tú eres feliz con la ayuda
de tus hermosas ficciones,
yo vivo sin ilusiones
que aletarguen la razon,
y llora mi corazon
á compás de tus canciones.

Sigue pues tu senda, en tanto
que yo prosigo la mia,
tú, á impulsos de tu alegría,
yo, á impulsos de mi quebranto.
Qué es la vida, risa y llanto,
luz y sombra, todo y nada,
molécula, que alentada
un momento, se deshace,
sol, tal vez, que muere y nace
sin terminar su jornada.





Vén.

Ven y recorreremos como otros días,
las riberas hermosas del mar rugiente,
y veremos con dulces melancolias,
retratarse en sus ondas el sol poniente.

Cuando su luz derrame la blanca luna
por los prados, los valles y las montañas,
y riele en las linfas de la laguna
y se quiebre en los techos de las cabañas,

Cuando duerma la obeja ya en sus apriscos,
y el insecto de oro sobre las flores,
y las pardas alondras entre los riscos,
y en los bosques umbrios los ruisseñores,

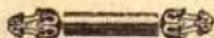
Y modulen las brisas tiernas querellas

en los verdes juncuales de las cañadas,
y la luz misteriosa de las estrellas
con diademas esmalten las enramadas:

A tus plantas rendido, lleno de anhelos
te contaré mis cuitas y mis dolores,
y me veré en tus ojos, que son los cielos
mas brillantes y puros de mis amores.

Te contaré mis penas y mis martirios,
juntos evocaremos nuestro pasado,
y veré entre embelesos y entre delirios
deslizarse mi vida siempre á tu lado.

Ven y recordaremos aquellas horas
en que el néctar libamos de los placeres,
entre locas caricias embriagadoras
que fundieron en uno, nuestros dos seres.





Ha tarde.

El sol declina, su luz postrera
arde en los campos y en las cabañas,
cantan las aves en la pradera
y en los mimbrales de la ladera
y entre los riscos de las montañas.

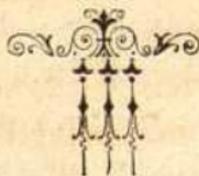
Gimen las brisas en la espesura
donde modulan vagos rumores,
y el arroyuelo, su linfa pura
va desatando por la espesura
entre las guijas y entre las flores.

Tras los pinares que balancea
el viento leve, voluble y vario
sobre un declive se vé la aldea

en cuyo centro se enseñorea
la esbelta torre del campanario.

Bala el cordero ya en sus rediles,
en el espacio las mariposas
baten sus bellas alas sutiles,
como buscando por los pensiles
dulces retiros entre las rosas.

Ya el sol esconde su disco hermoso
tras los picachos de la montaña,
ya la campiña yace en reposo,
ya el campesino marcha afanoso
por los atajos, á su cabaña.





A mi loca.

Rasgó la luz la esfera
brotando en torbellinos por oriente,
zurcaron el ambiente
los mundos engendrados en la nada
por el Supremo Ser, la mar serena
rizó su superficie cristalina,
el aura peregrina
el broche acarició de la azucena,
bulló riente el manantial sonoro
al rodar incoloro
por los verdes declives de las lomas,
el reptil se arrastró por el pantano,
quebrantó su crisálida el gusano,
cruzaron por el éter las palomas,
la tierra estremecida,

como negra silueta cruzó el caos,
y en sus entrañas palpitó la vida.

Adán abrió los ojos
y abarcó la creacion con su mirada,
admiró de Eva la belleza suma,
¡una esfigie de nácar y de espuma,
por un rayo de luz tornasolada!
Latió el amor en su robusto seno,
en su mirar sereno
ardió la luz de las pasiones locas,
besó con ánsia á la mujer primera
su dulce compañera
y al sentirse estrechado por los lazos
de sus divinos brazos,
se olvidó del Edén donde naciera.

Desde entonces errantes caminaron
y con llanto regaron
los secos arenales de su vida,
sufriendo del dolor el triste yugo,
porque al Señor le plugo
que purgaran la falta cometida.

.

Por el beso que Adán le diera á Eva
el hombre sobrelleva
hoy la pesada cruz de su destino,
que le agobia y le oprime .
durante su camino
pero que al fin le salva y le redime.

Cuantas veces al verte, loca mia,
hermosa cual la luz del mediodia,
he pensado de afan y amor rendido,
que si Adan dió por Eva enloquecido
las glorias del Eden que el hombre invoca,
diera yo por un beso de tu boca
el Eden que nos tienen prometido.



Anhelos.

Me amarás y ya ferviente
esclava de mis antojos,
podré besarte en los ojos,
podré besarte en la frente,
y feliz y sonriente
en las enramadas bellas,
dó la luz de las estrellas
finge diademas y velos,
te contaré mis anhelos,
te contaré mis querellas.

Juntos oiremos á solas
los dulcísimos cantares
de las ondas de los mares,
y las tiernas barcarolas
que mecido por las olas,

entona alegre el marino
sobre el bajel peregrino
que navega entre la bruma,
cortando la blanca espuma
del piélago cristalino.

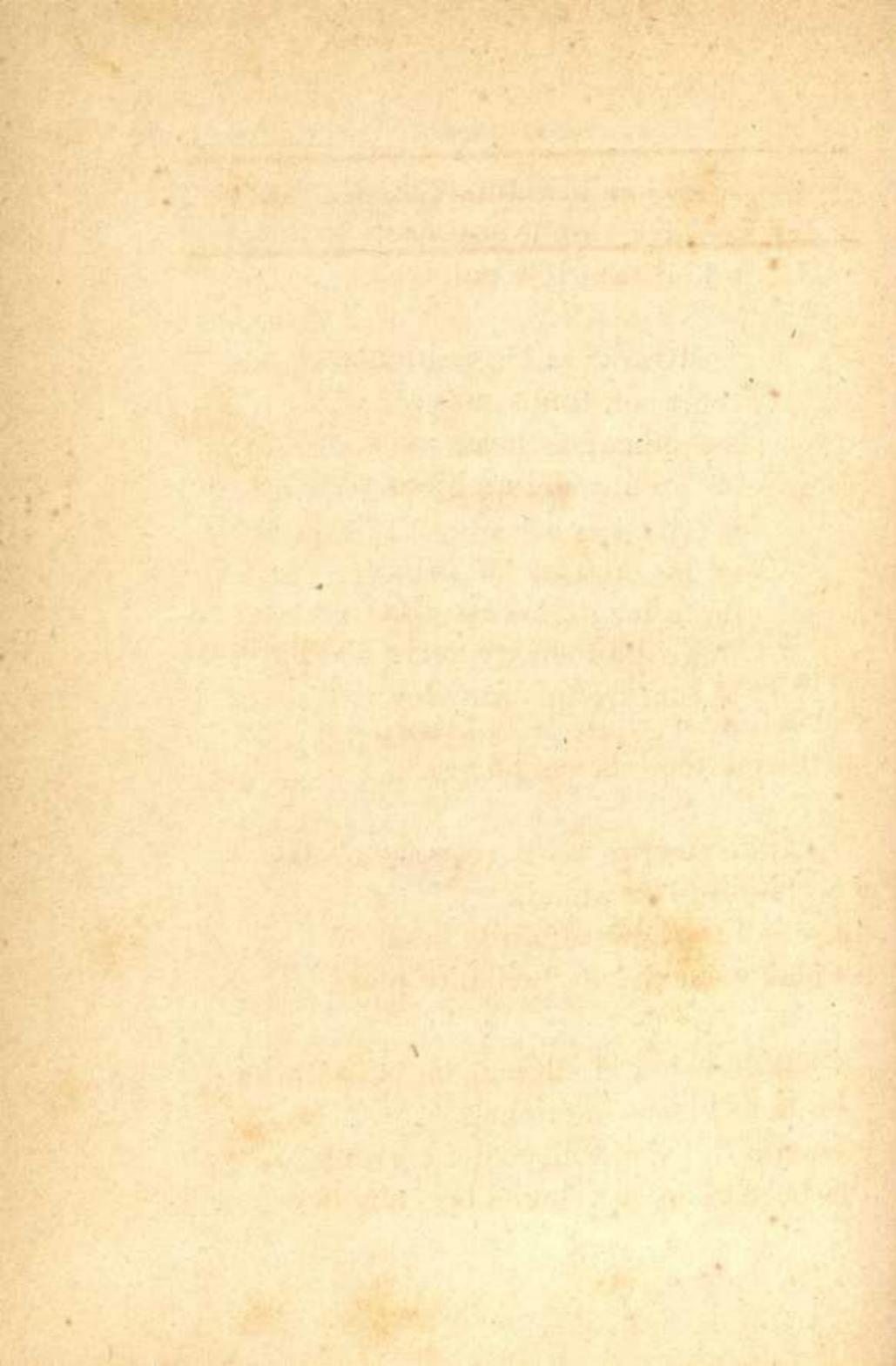
Verás como llora el día
al despedirse, enlutado,
del ambiente perfumado
de mi hermosa Andalucía:
Oirás la vaga armonía,
con que en las noches serenas,
cuenta el céfiro sus penas
con son rítmico y doliente,
á las ondas del torrente
y á las blancas azucenas.

Verás la pálida luna
bañar en reflejos vagos
las espumas de los lagos
y el cristal de la laguna.
Libre de nube importuna
contemplarás la infinita
extensión, en donde agita

la luz sus brillantes galas,
y el ave tiende sus alas
y lo intangible palpita.

Mirarás la luz poniente
teñir con tonos suaves,
los plumages de las aves,
los átomos del ambiente;
y feliz y sonriente
en las enramadas bellas
dó la luz de las estrellas
finge diademas y velos,
te contare mis anhelos,
te contaré mis querellas.





Ráfagas.

Cuando sucumbe el sol en las penumbras
de la noche callada,
y el éco misterioso de la brisa
en tu reja modula sus plegarias.

Cuando cierran las flores sus corolas
y en la verde enramada
finge la luz de la tranquila luna
nieblas y encajes de brillante plata.

Cuando reina el silencio en la campiña
y en la enhiesta montaña,
y es mas dulce el sollozo del torrente
que borda con su espuma las cañadas.

En brazos de mortal melancolía
triste y sola mi alma,
torna rápida y leve y fugitiva
al mar de sus perdidas esperanzas.

Afanoso y tenaz mi pensamiento
bate sus negras alas,
y se anega en la luz de mi pasado,
esa luz del pasado que embriaga.

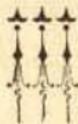
En mi ardiente soñar, beso tus labios,
tu seno, tu garganta,
reclino mi cabeza en tu regazo
y tu espíritu beso en tu mirada.

Rompo ese pedestal en donde altiva
y pura te levantas,
y loco de placer miro tu llanto
y atempero mis fiebres con tus lágrimas.

¡Dulces ficciones que mi mente azotan
como azotan las ráfagas
del raudo torbellino, los espacios
donde la luna su fulgor dilata.

¡Delirios de mi loca fantasía!
¡ensueños y fantasmas!
no os alejeis por Dios de mi cerebro,
alented en mis noches solitarias!

Prestad rayos de luz, fúlgidos tonos,
colores y fragancias,
à la lóbrega noche que ennegrece
el inmenso desierto de mi alma.





Tristezas.

Ya por siempre murieron mis ilusiones,
dulces ficciones
que en su anhelo forjára mi fantasía,
alboradas radiantes, flores hermosas,
nubes de rosas,
y esperanzas y sueños del alma mía.

Ya en mis noches de insomnios y de amargura
su imágen pura
no prestará consuelos á mis pesares,
y en mis horas de angustias y de quebranto,
con dulce encanto,
no entonaré por ella tiernos cantares.

No me veré copiado ya en sus pupilas
donde tranquilas

ondas de luz irradian eternamente,
ni escucharé su acento dulce y sentido,
ni enloquecido
besaré su cabello sobre su frente.

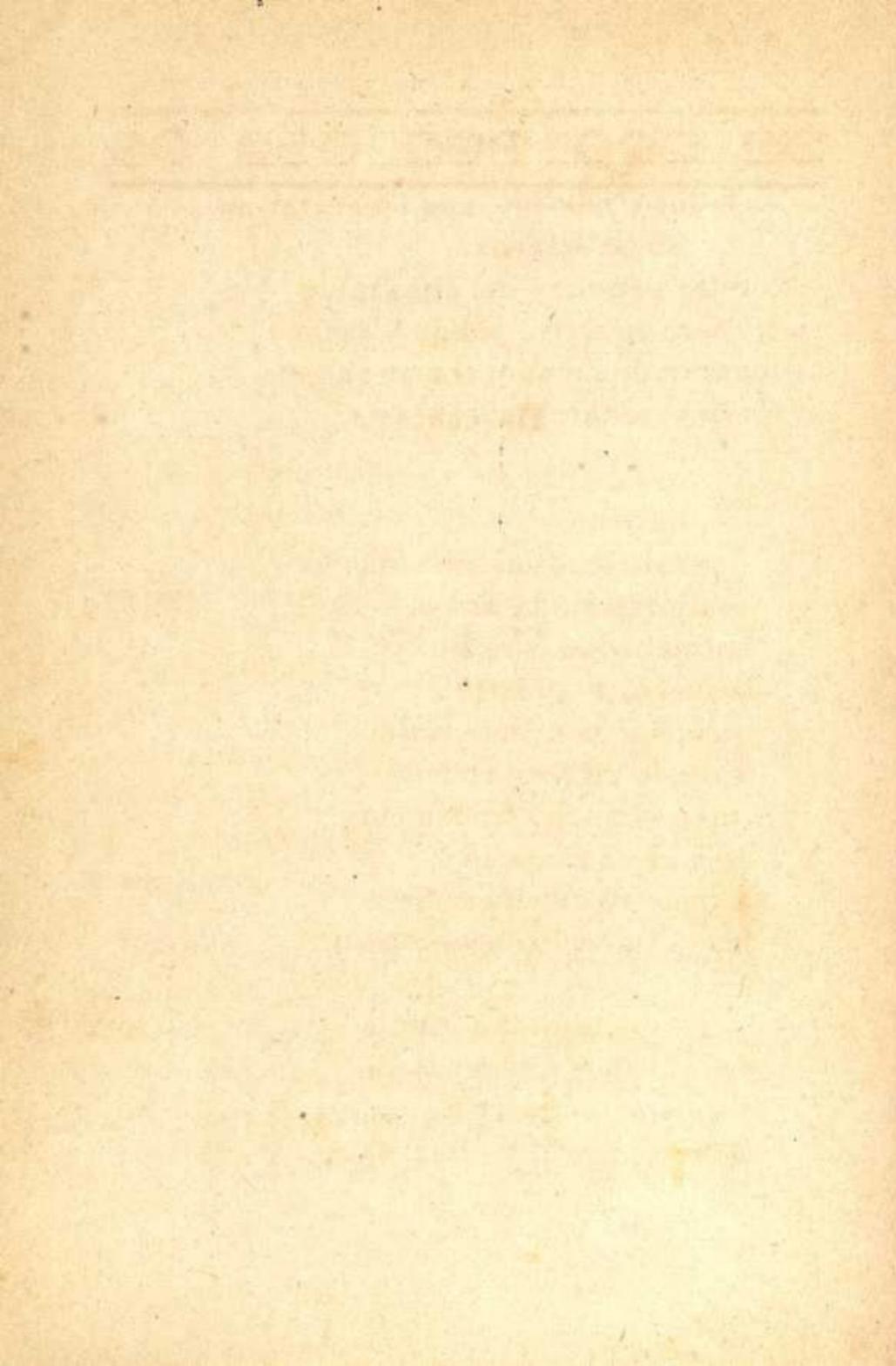
Ya en las noches tranquilas, allá en su reja
mi amante queja
no labrará sus dichas y mi embeleso;
ya no confundiremos nuestros dos seres
con los placeres
infinitos que engendra tan solo un beso.

Ya cuando el sol asome tras las montañas
y las cabañas
borde con aureolas de luz divina,
cuando el céfiro gima rítmico y vago,
cuando en el lago
retratada se mire la golondrina.

Cuando tienda sus alas á playa ignota
la gaviota,
agitando rizadas sus blancas plumas,
cuando bañe en su fuego la luz naciente,
la mar rugiente
y los copos brillantes de sus espumas.

No la diré, rendido, mis hondas penas,
ni las serenas
y secretas venturas del alma mia,
ya no veré su rostro pálido y bello,
ni jugarán mis manos con su cabello,
ni forjará cantares mi fantasía.







Ensueños.

Quedó el insomnio vencido,
se adormeció la razon,
normalizó el corazon
la fuerza de su latido.
Quedéme por fin dormido
y ráudo mi pensamiento
surcó el ancho firmamento
de mi loca fantasia,
y penetró en su osadía
hasta tu oculto aposento.

Te vi dormida y riante,
tus cabellos destrenzados,
formando bucles rizados
sobre el marfil de tu frente;

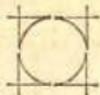
sobre tu seno turgente,
velaba la cobertura
tus contornos de escultura,
tus líneas incitadoras,
que engendran embriagadoras
el vértigo y la locura.

La lámpara amortiguada
su ténue luz esparcía,
tan ténue, que parecía
por las sombras engendrada;
en su claridad bañada
te denunciaba la aleve,
tu mano pulida y breve
sobre tu seno de diosa,
era el broche de una rosa
sobre un búcaro de nieve.

Tu imágen mi pensamiento
en el cerebro esculpió,
dormida como te vió
en tu escondido aposento.
Desde aquel feliz momento
cuyó recuerdo me incita

siempre la fiebre se agita
en la rugiente oleada
de la sangre arrebatada
que en mis arterias palpita.

Recuerdo dulce y ardiente
engendrador del delirio.
Recuerdo que es mi martirio,
siempre igual, siempre latente.
Onda de luz que en mi mente
se retuerce y centellea,
algo que flota y que ondea
y que perenne entreveo,
como un mundo de deseo
en el mundo de la idea.





Un Episodio.

I.

Yo no sé si es verdad la triste historia
que acude en este instante á mi memoria,
pero juro que es cierto
que yo la escuché un dia,
allá en la infancia mia,
de un viejo comandante que ya ha muerto.

Era aquel, un buen viejo, un veterano
de noble corazón sencillo y bueno,
de oscura tez y de mirar sereno,
de faz adusta y de cabello cano.
Una plácida noche de verano
en que yo le pedí que me contara
algun cuento de guerras ó de amores,

me contó una tragedia que en mi mente
vivirá eternamente
y que voy á contarle á mis lectores.

Era yo entonces capitán, me dijo
el viejo militar con voz temblona,
y un amigo tenia,
teniente de mi misma compañía,
la más buena persona
de entre todas las buenas que allí habia.
Yo le llegué á querer como á un hermano,
era un gran militar, pundonoroso,
valiente, generoso,
de trato liberal, afable y llano.
Ascendió de soldado hasta teniente
á costa de la sangre que vertiera,
porque fué su carrera
la sangrienta carrera de un valiente.

Una noche de invierno, en la montaña,
debajo de la tienda de campaña,
con voz tan conmovida
me contó los detalles de su vida,
una vida tan llena de quebranto

que al final, te lo digo sin sonrojos,
enturbiaron mis ojos
algunas gotas de angustioso llanto.

No tenia ya en el mundo mas pariente,
mi bizarro teniente,
que un hermano más j6ven que vivia
en un pobre rincon de Andalucia
donde desempeñaba su curato,
era todo un gran mozo aquel buen cura,
de arrogante apostura,
segun pude juzgar por el retrato
que aquella noche me enseñó mi amigo,
allá en el campamento,
debajo de la tienda de campaña
que hicimos levantar en la montaña
porque nos guareciera algo del viento.



II.

Al despuntar el día,
se dió la órden de partir, la gente
formó en correcta formación; queria
nuestro gefe pasar por Villaumbria
para luego caer sobre Cifuentes.
Fué torpe su estrategia ó desgraciada,
siguiendo á la guerrilla destacada,
entramos con temores
por agrias y terribles angosturas
y escuchamos á poco los clamores
de los flanqueadores
que corrian por aquellas cortaduras
llenando de pavor á los soldados.
Estábamos copados,
teníamos cerrada la salida
que estaba atrincherada y defendida
por varios regimientos vascongados.

¡Qué momento de angustia, aún me parece
que mi ser se estremece
de terror, recordando aquellas horas;
vibraron las cornetas que sonoras
nos mandaron seguir nuestro camino,
con inmenso fragor de torbellino
siguieron los compactos batallones
por aquellos atajos escabrosos,
hasta llegar, por fin, al baluarte
donde estaban con arte
dentro de su reducto los facciosos.

La lucha comenzó en aquel momento,
su terrible conciento
en el monte entonó la artillería;
el monte parecía
oscilar en el aire estremecido,
la rabia nos cegó y el que caía
al sucumbir, rugía
como ruge el león embravecido.

Hay horas en la vida
en que todo se olvida,
momentos en que el vértigo nos hiere,

momentos en que muere
la razón y el amor á la existencia,
momentos de terrible paroxismo
en que envuelven las sombras de un abismo
el antro que alumbró la inteligencia.

Trepamos por el monte como fieras,
las ásperas laderas
se cubrieron de cuerpos destrozados,
comenzó á enrojecerse la vertiente,
y el humo al ondular en el ambiente
lo pobló de fantasmas enlutados.

Logramos dominar aquel repecho,
luchamos brazo á brazo, pecho á pecho,
contra aquellos tenaces vascongados
que ciegos de furores repelian
á nuestros regimientos que embestian
los terribles reductos artillados
donde los artilleros sucumbian
besando los cañones,
y matando al morir, con loca saña,
que eran hijos también de nuestra España
aquellos aguerridos campeones.

En medio del combate vi á mi amigo
tender á un enemigo,
partido el corazón de una estocada,
le vi casi á mi lado,
terrible y demudado,
con un mundo de luz en la mirada.
Más arriba cayó un pobre sargento,
de nuestro regimiento,
al pretender quitarle la bandera
á un oficial carlista, que rendido
de cansancio, luchaba embravecido
como lucha en el bosque la pantera.

A él, mi capitán, gritó el teniente,
y pálido y rugiente
saltando se alejó por la aspereza,
yo de la escena aquella fui testigo,
yo vi como mi amigo,
hirió al abanderado en la cabeza.
Al quitar la bandera de su mano
el bravo veterano
fatidico se irguió, moduló un grito
de dolor infinito
y empuñando el revólver fuertemente,

le contemplé angustiado
dispararse el revólver en la frente
y rodar junto al muerto abanderado.
Correr quise á su lado,
pero en aquel instante
sentí que algo gigante
aplastaba mis sienes con su peso,
y faltóle la luz á mi mirada
y á mi cuerpo su brio
y al rodar por el suelo, senti frio,
despues mucho calor y despues nada.

Cuando entreabri los ojos, ya la luna
brillaba en el azul del horizonte
y alejaba la sombra inoportuna
de las ásperas breñas de aquel monte.
Pasaban los soldados por mi lado
llevando en parihuelas conducidos
á todos los heridos,
hasta el pobre hospital improvisado.

Llamé á mis compañeros
que acudieron ligeros
alzándome del sitio dó yacia.

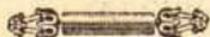
—¿Y el teniente Garcia?
pregunté á uno, al agarrar su brazo,
el cual indiferente
me dijo: En la trinchera está el teniente
con las sienes partidas de un balazo.

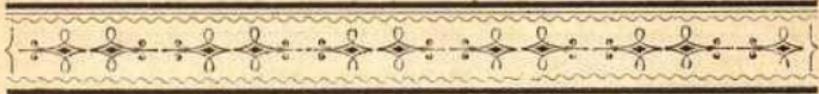
¿Porqué se suicidó? me preguntaba
á mi mismo, entretanto caminaba
apoyado en mis buenos compañeros,
que alegres y chanceros
me llevaron al pié de la trinchera.
Allí miré al teniente y su enemigo,
aquel á quien mi amigo
mató por arrancarle la bandera

Al contemplar su rostro, en un momento
voló mi pensamiento
á la noche pasada en la montaña,
cuando el teniente me contó su vida,
con voz tan conmovida,
debajo de la tienda de campaña;
me acordé del retrato
de su hermano, aquel cura
de arrogante apostura,

el cual desempeñaba su curato
allá en Andalucía;
era el mismo oficial que allí veía,
con la pálida faz ensangrentada
horrible y demudada
por rápida agonía,
y aun oprimiendo con crispada mano
la bandera, que al cuerpo de su hermano
de brillante sudario le servía.

.
Nunca puedo arrojar del pensamiento
aquel triste momento
cuyo negro recuerdo me importuna,
nunca dejo de ver, ensangrentados
sus cuerpos alumbrados
por un pálido rayo de la luna.





Luz.

Brota por el Oriente la luz divina
que matiza de fuego los horizontes,
y las faldas agrestes de la colina,
y las cumbres ricasas de altivos montes.

Dora el cristal rizado del ancho río,
centellea en las frondas de la espesura,
hierve, como en crisoles, en el vacío
y acaricia del lago la linfa pura.

Refleja en los espejos del Océano,
se abisma en los torrentes y en las cañadas,
dá color á las flores que ornan el llano
con sus hojas brillantes y perfumadas.

Por doquiera derrama dulce alegría

y raudales divinos de resplandores,
que destierran la triste melancolia
del corazón herido por los dolores.

Desvanece las sombras de los quebrantos
que en el alma nos hieren con ansia estraña;
por doquiera derrama dulces encantos,
ya en el régio palacio ya en la cabaña.

En su vuelo gigante la fantasía
del dolor va rompiendo las densas brumas
y entre mundos de soles y de armonía
va flotando entre nubes de oro y espumas.

.
¡Luz radiante que alumbras el firmamento
donde regia y hermosa te enseñoreas,
tú la que en mí despiertas al sentimiento,
cuando inundas los mundos ¡Bendita seas!





Melancolias.

En las noches serenas,
cuando esparce la luna sus fulgores
sobre las ondas del callado río,
cuando cierran sus cálices las flores
y modulan los pardos ruisseños
trovas sentidas, en el bosque umbrio;
cuando á la linfa del dormido lago
el céfiro le cuenta su querella
con dulcísimo son, rítmico y vago,
cuando en un cielo de zafir la estrella
irradia sus fulgores vagorosos,
cuando en las breñas, que las auras mecen,
los insectos de oro se adormecen
luciendo sus cambiantes luminosos,
acuden á mi mente soñadora
recuerdos del ayer, de aquella aurora

brillante de mi vida,
tibio reflejo de esplendor divino,
y un eco misterioso y peregrino
que resuena en mi alma estremecida.

Pienso en mi pobre hogar, en las serenas
horas de mi niñez, cuando riente
y exento el libre corazón de penas
dormía en su clausura dulcemente.
¡Horas de paz del pensamiento humano!
astro de luz que se eclipsó suave!
tranquilo puerto que dejó la nave
para arribar hasta el confín lejano!

Pienso con pena en la mujer amada,
en aquella muger pura y hermosa,
la más hermosa por mi Dios creada,
aquella en la que el alma enamorada
fingió su cielo de color de rosa.

Todo pasa fugaz, la luz del día
muere en los brazos de la noche triste,
y muere la alegría
cuando el dolor reviste

de enlutado crespon la fantasía.

Así acabó mi delirar ferviente,
el rayo del dolor hirió mi frente
y en mi anhelar profundo
pensé que todo un mundo
se condensaba en mi abrasada mente.

Pienso en las glorias de mi Eden perdido,
en el beso de amor de alguna hermosa,
beso que nunca por mi mal olvido.
Pienso en la esplendorosa
imagen pura que en mi afán invoco,
teniendo el alma de dolor rendida
y de tanto pensar se vá mi vida
y de tanto sentir me vuelvo loco.





Créeme.

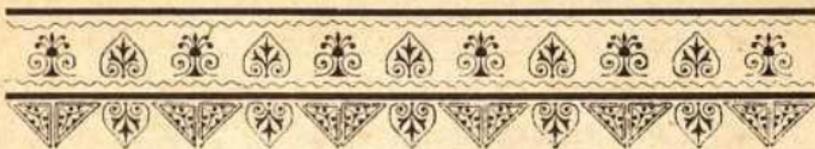
Quisiera verte romper los velos
de tu inocencia,
quisiera verte manchar con lodo
los esplendores de tu pureza.

Quisiera verte llorar contrita,
con honda pena,
locos delirios, vértigos tristes
hondas nostálgias, luchas inmensas.

Quisiera verte, pálida virgen
bendita y bella,
rodar inerme y estremecida
de los altares donde te ostentas.

Que ya en el lodo donde palpita
la fiebre intensa
de los afanes y los delirios
yo con mis besos te redimiera.





Fragmento.

Abandona los hielos de esas regiones
donde la flor no luce sus lozanas,
y el huracan entona roncadas canciones
engendrando mortales melancolias.

Hay más fuego en la tierra donde yo habito
y más dulces aromas en el ambiente,
más estrellas esmaltan el infinito,
es su cielo divino mas trasparente.

Son más verdes las faldas de sus colinas,
más azules sus lagos murmuradores,
donde baten sus alas las golondrinas,
donde la luz retrata sus resplandores.

Aquí sobre la cumbre de una montaña
donde empieza el declive de una ladera,
aun se elevan los restos de una cabaña
donde ví deslizarse mi edad primera.

Cerca se alza un castillo viejo y ruinoso,
cuya torre parece que al cielo toca,
descompuesto el rastrillo, cegado el foso,
pero firme y altivo sobre la roca.

¡Cuántas veces sentado sobre sus muros
ó cruzando sus atrios y soledades,
pensé ver en sus antros viejos y oscuros
destacarse otros seres y otras edades!

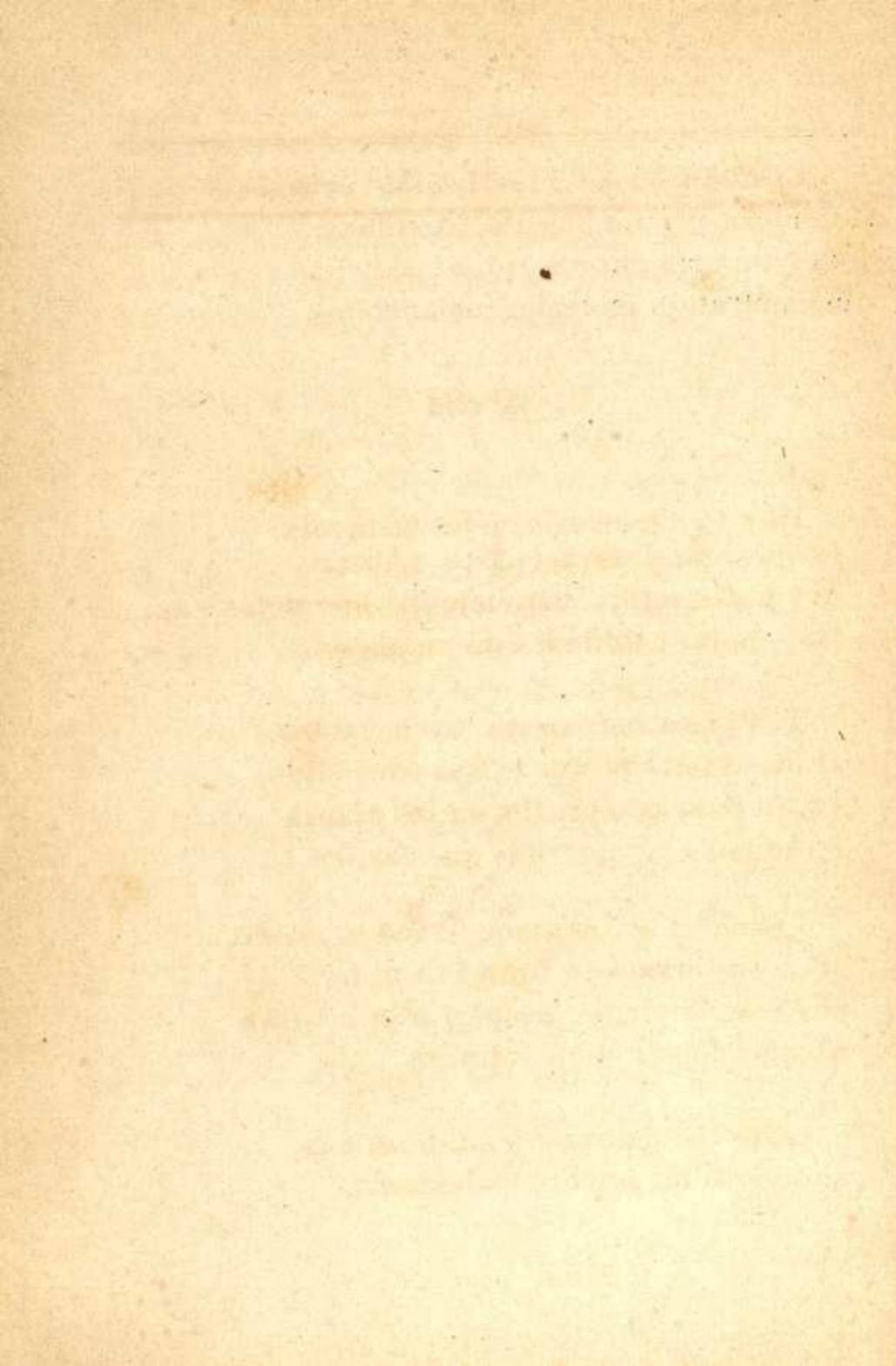
Castellanas hermosas y caballeros
y escuderos y pages y paladines
y escuchaba en las sombras, choques de aceros
y las notas agudas de los clarines.

Recordando el pasado, casi moria
para el triste presente lleno de penas,
y soñando nostálgias me adormecía
en las moles robustas de sus almenas.

.

Abandona los hielos de esas regiones
donde la flor no luce sus lozanías,
y el huracan entona roncadas canciones
engendrando mortales melancolias.







ella

Hoy tú sigues tú senda, yo la mía,
lo quiso mi desgracia y tu egoísmo,
hoy por siempre, por siempre, nos alejan
las hondas cavidades de un abismo.

Tu divina hermosura, tus encantos,
al más fuerte postor le has concedido,
yo no pude comprarte, en la balanza
no te pude arrojar más que cariño.

Venció el oro al amor, él fué tu dueño,
él en sus brazos te formó tu nido,
él vió en la virgen despertar la hembra
al calor de sus besos infinitos.

Lloré tu ceguedad y mi desgracia,
alentó en mi cerebro el desvario,

y ya loco maldige tu belleza,
y ya loco maldige mi destino.

. ,

Ha pasado algun tiempo, ya tu sangre
sus profundos anhelos satisfizo,
ya lloras en tus noches de amargura
las muertas glorias de tu Eden perdido;

Y aunque quiero reir con tus dolores
es tan grande, tan grande mi cariño,
que quiero condenarte y te perdono,
que quiero maldecirte y te bendigo.





¿.....?

¿Que es mi vida sin tí? grano de arena
perdido en el desierto.

¡Ay Dios mio, que ruja el torbellino
y me arrastre con impetus inmensos!

¿Que es mi vida sin tí? bruma que inn.ovi
empaña el firmamento.

¡Ay Dios mio, que breme la tormenta
y vibre el rayo en la extensión del cielo!

¿Qué es mi vida sin tí? nota perdida,
una nota sin éco.

¡Ay Dios mio, que ya las tempestades,
entonen sus magníficos concertos!

¿Qué es mi vida sin tí? vaga penumbra

envuelta en el misterio.

¡Ay Dios mio, que el sol brote radiante,
y que anegue la sombra en sus reflejos.!

Ven á mi lado, ven, sultana mia
ven á mi, que te ofrezco
condensar mi existencia en un segundo,
para dártela toda en solo un beso.





Detente.

Cuando en la noche serena
destrenzada tu melena
y radiante de ventura,
te entregues lánguida al sueño
en los brazos de tu dueño,
del dueño de tu hermosura.

Cuando delirante y loca
sientas su boca en tu boca,
haciendo á tu honor agravios,
cuando en ardiente embeleso
cifres tu gloria en un beso,
en un beso de sus labios,

Cuando en su inmenso dolor
te recrimine el pudor

tu vértigo de un instante,
cuando palpitante y bella
se convierta la doncella
en impúdica bacante.

Piensa en el próximo día
en que muerta tu alegría
y marchita tu belleza,
camines triste y doliente,
llena de surcos tu frente
y de canas tu cabeza.

Y detén, detén tu paso,
no llegues hasta el ocaso
donde te arrastra tu anhelo;
que en tu loco paroxismo,
vas rodando hacia un abismo
donde te finges un cielo.





Rima.

Cuando te miro, palpitante y bella,
estrechar en tu seno
ese ser que engendrara en tus entrañas
la torpe liviandad de tus deseos;

Cuando te miro, palpitante y bella,
con divino embeleso,
arrullar con tus cantos maternos
al fruto de tus locos desenfrenos:

Cuando te miro acariciar los rizes
de sus blondos cabellos,
y buscar en los cielos de sus ojos
los confines brillantes de otros cielos,

de otros cielos divinos con que sueñas,
cuando con dulce anhelo

estampas en sus labios sonrientes
toda tu alma en el calor de un beso,

entonces, por misterio incomprensible
se agiganta el inmenso
mar borrascoso de mi afán ardiente,
mar borrascoso de mi afán sin freno.

Y estallan en mi ser, ansias gigantes
y azotan mi cerebro
tempestades de luz y por mis venas
corre la sangre convertida en fuego.

En alas de mi ardiente desvario
lloro y gimo y blasfemo:
no quisiera mirarte redimida
por ese ser que palpité en tu seno.

Quiero ser yo quien tus delitos lave,
y con ferviente anhelo,
y alzarte desde el fondo del abismo
hasta el altar de mi cariño inmenso.





Divagaciones.

Penetré en el recinto do yacia
el cuerpo de mi muerta infortunada,
teñido el rostro en palidez sombría,
su negra cabellera destrenzada
cayendo sobre el mármol de su frente,
sin fulgor sus pupilas dó ferviente,
con alma enamorada,
un tiempo me miré con ansia loca,
perdidas las fragancias de su boca,
apagada la nota de su acento,
de aquel acento que poblara un día,
con su vaga armonía,
de fantasmas de luz, mi pensamiento.

¿Qué es la vida? pensé. Corta jornada,
del ser y del no ser compendio vano,

la inmensa apoteosis de la nada,
la eterna duda del cerebro humano.
Molécula á los orbes arrancada
en la que encarna el Hacedor divino
á su soplo creador, una existencia,
y un pálido reflejo de su ciencia
que le sirve de Norte en su camino.
Llega el hombre á los bordes de su tumba,
su organismo de polvo se derrumba,
y la onda de luz esplendorosa
que nido hallára en su cerebro hirviente,
vuela leve y fugaz y misteriosa,
como vuela la esencia de la rosa
á fundirse en las ondas del ambiente.

Aquella tierra que alentára un día
esclava del dolor y la alegría,
torna de nuevo á enriquecer la esfera,
á dar color y exuberancia y vida
á la flor que engalana la pradera,
á fecundar el cieno del pantano
dando vigor con su vigor inerte,
sumisa ante el impulso soberano
de aquel que al dar la vida dió la muerte.

¡Cuán dulce es el destino
del ser que vive y sueña,
y soñando termina su camino,
sin hundirse en el denso torbellino
de la duda, que mata la halagueña
esperanza bendita,
que huye del corazón si el pensamiento
se retuerce y palpita,
y á la ciencia se lanza
buscando el destellar de una esperanza,
que menos halla mientras más medita,
Y en pos corriendo de tan dulce idea
su sangre desfallece
y á la par que el cabello le blanquea
la incertidumbre en su cerebro crece.

¡Limite cierto de la vida humana!
la muerte es el arcano dó se encierra
el eterno problema del mañana,
de ese triste mañana tan temido,
espectro asolador que nos aterra
y arranca al corazón fuerte gemido,
cuando presente de vigores lleno
que al soplo ingrato de la muerte, un día

se extinguirá su palpitar sereno,
como se estingue el luminar del día.

.
.
Postrado allí de hinojos,
sin pretender rezar, recé ferviente,
brotó el llanto á raudales de mis ojos
y quise blasfemar y hundí la frente,
y sin querer pensar, pensé con pena,
que el que límites puso al oceano
con leve cinta de menuda arena,
tambien los puso al pensamiento humano.





Recuerdos.

¡Mi niñez! alborada luminosa
que por ser tan hermosa
fué presagio de grandes tempestades,
hoy que llego á mi ocaso
con alma triste y con incierto paso,
pretendo recordar mis mocedades.
Quiero evocar en mi doliente pena
una etapa serena
llena de luz y de fragancia y vida,
como recuerda el peregrino errante
el oasis distante,
que dejó abandonado á su partida.

¡Qué edad más llena de divino encanto
aquella en que mi madre me dormía
al blando arrullo de su dulce canto!

Aquellas horas de ventura y calma
en que la nube del dolor huía
de los cielos brillantes de mi alma
Aquella edad en que el raudal sonoro
de mis puros anhelos soñadores,
desparramaba sus cristales bellos,
por los campos aquellos
llenos de luz y de fragantes flores.

En esa edad en que termina el niño
y el hombre empieza su escabrosa ruta,
con el alma repleta de cariño,
y la mente de sueños y de anhelos,
y el franco pecho de placer profundo,
pensé hallar en el mundo
las divinas grandezas de los cielos.

Yo al amigo miré como á un hermano
y á la mujer como divina meta
á donde vuela el pensamiento humano:
Yo en los albores de mi triste vida
llevaba como egida
mi pobre corazón siempre en la mano.
¡Lo quiso mi destino!

mi pobre corazón fuera del pecho
quedó pedazos hecho
en las rocas agudas del camino.

Yo adoré una mujer ¡cuan bella era!
tan blanca era su tez como el sudario
que cubre el campanario
de la ermita ruinosa de mi pueblo,
en días de ventiscas y nevadas:
eran garzos sus ojos donde ardía
todo el fuego del sol del Mediodía
cuando abrasa sus tardes perfumadas,
era esbelto su talle, su sonrisa
era el Iris brillante, la divisa
que ostenta el cielo al recobrar la calma
tras el fragor del vendabal rugiente,
y era su acento sonoro y vago
ese ritmo sin nombre con que el lago
su amor le dice á la callada fuente.

¡Pobre amor de mi alma!
quiso vagar en la región del cielo
salvando el valladar del egoísmo,
batió sus alas con ferviente anhelo

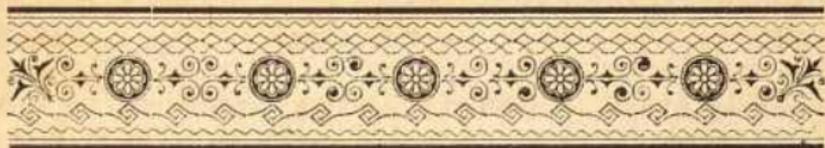
y al pretender volar rodó al abismo.
Desde entonces el triste escepticismo
en sus altares mi esperanza inmola,
no creo en la muger ni en el hermano,
que la vida es un mar, dó el ser humano
va envuelto y arrastrado por la ola
del egoismo que en su ser anida.
Tal vez pensar así será demencia,
mas esto me ha enseñado la experiencia
en el libro tan triste de mi vida.

Las horas de dolor que ya pasaron
y que al pasar dejaron
sus anchos surcos de mortal tristeza
en mi frente abrasada,
y su triste fulgor en mi mirada,
y sus copos de nieve en mi cabeza;
por misterioso influjo maldecido
acuden en tropel á mi memoria,
cuando evoco los átomos de gloria
que vi flotar sobre mi Eden perdido.

¡Cuántas veces evoco en mi amargura
aquel rayo de luz celeste y pura,

que alumbro mi niña dulce y querida,
como recuerda el moribundo inerte,
en los negros dinteles de la muerte,
los hermosos dinteles de la vida.





Deseos.

¿Quién eres, di muger, de donde vienes,
cual es tu derrotero,
eres luz ó eres sombra, risa ó llanto,
eres gloria ó infierno?

Dímelo, sí, muger, que yo te adoro
con un cariño inmenso,
que se nutre de afanes infinitos
y de penas y celos.

Celos, sí, de la luz que te acaricia
con sus tibios reflejos,
de la idea que surge y que ilumina
tu loco pensamiento.

Del átomo invisible que palpita
en las ondas del céfiro,
y besa con sus alas misteriosas
la nieve de tu cuello.

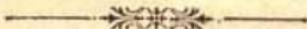
De la sangre que besa tus mejillas,
del aromoso aliento
de las flores prendidas entre encajes
en tu púdico seno.

Del Dios á quien eleva tus plegarias
en las naves del templo
que envuelven en sus vagas espirales
las nubes del incienso.

.

Quisiera ver la tierra convertida.
en páramo desierto
sin luz y sin color y sin ambiente,
sin átomos ni écos.

Y envuelto en las negruras intangibles
que invoca mi deseo,
rendirte adoración, como la rinde
á Dios el pensamiento.





.....

La vi ayer, dulce y bendito
recuerdo de amor y gloria
vi surgir en mi memoria,
como allá en el infinito
espacio, brotan los soles
de entre las nieblas oscuras,
desterrando las negruras
con sus puros arreboles.

La vi doliente y hermosa
agobiada de quebranto
y vi las huellas del llanto
en su téz de nieve y rosa.
¡Y también sufre! pensé;
quizás vió sus ideales

rodar de los pedestales
que le alzara, con la fé
de su niñez luminosa,
en sus horas de delirio,
quizás sufre igual martirio
que yo sufro, y pesarosa
por eso, y triste y sombría
con su angustia, solitaria
y misteriosa plegaria
con sus suspiros envía,
como tributo sagrado,
á sus dichas que murieron,
y á sus sueños que se hundieron
para siempre en el pasado.

Murieron sus alegrías,
dije, y sus dichas serenas,
y pareció que sus penas
se besaban con las mias.

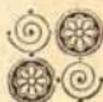


Índice

	<u>Págs.</u>
<i>A un escéptico</i>	7
<i>Delirios</i>	11
<i>Andalucía</i>	15
* *	19
<i>Lo que me contaron</i>	21
<i>Pecadora</i>	33
<i>A mi vieja</i>	37
<i>Primavera</i>	39
<i>Tempestades</i>	43
<i>En el monasterio</i>	49
<i>Perspectiva</i>	53
<i>Una historia vulgar</i>	57
<i>Contrastes</i>	71
<i>Ven</i>	75
<i>La tarde</i>	77
<i>A mi loca</i>	80
<i>Anhelos</i>	83
<i>Ráfagas</i>	87
<i>Tristezas</i>	91

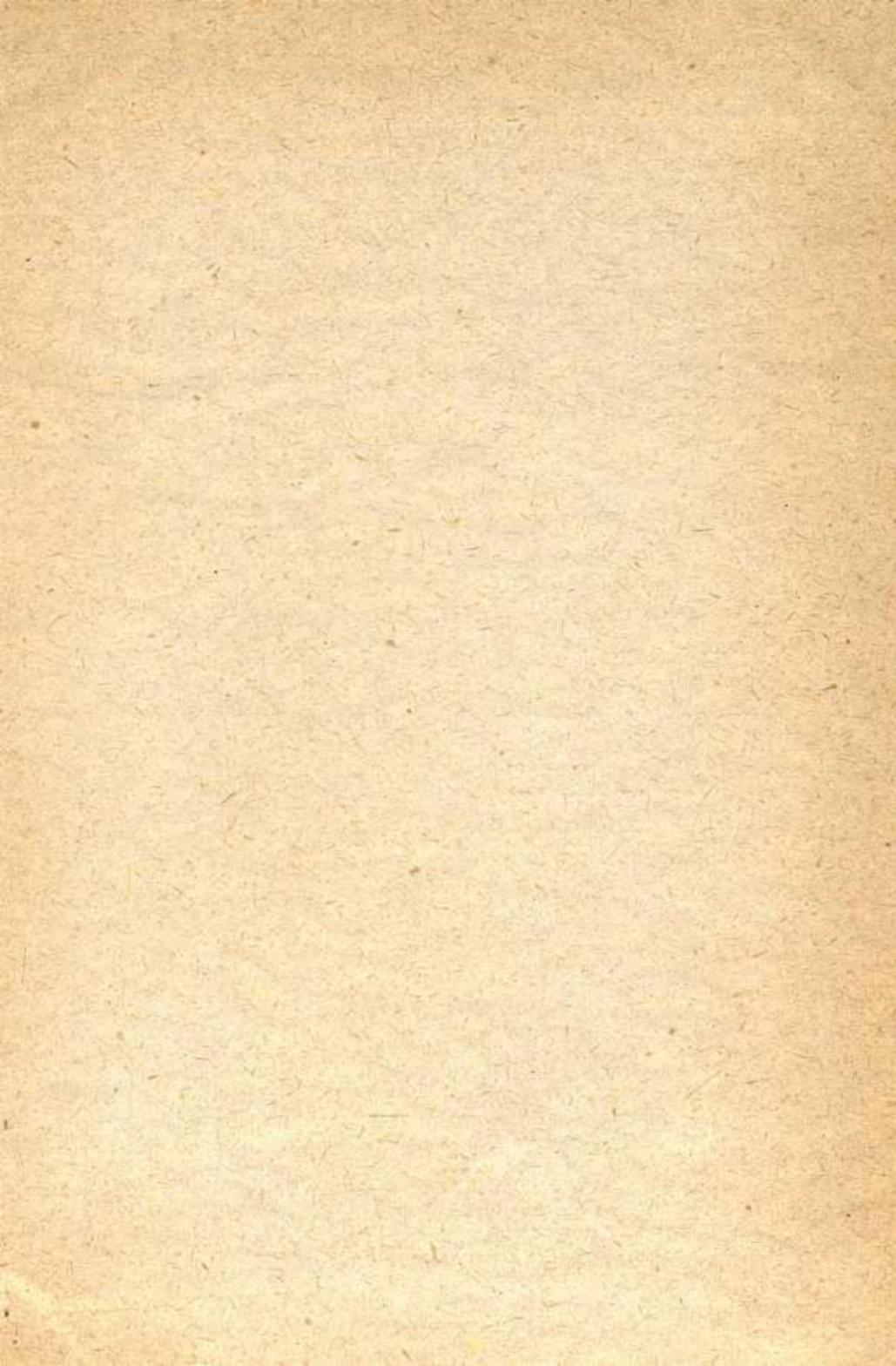


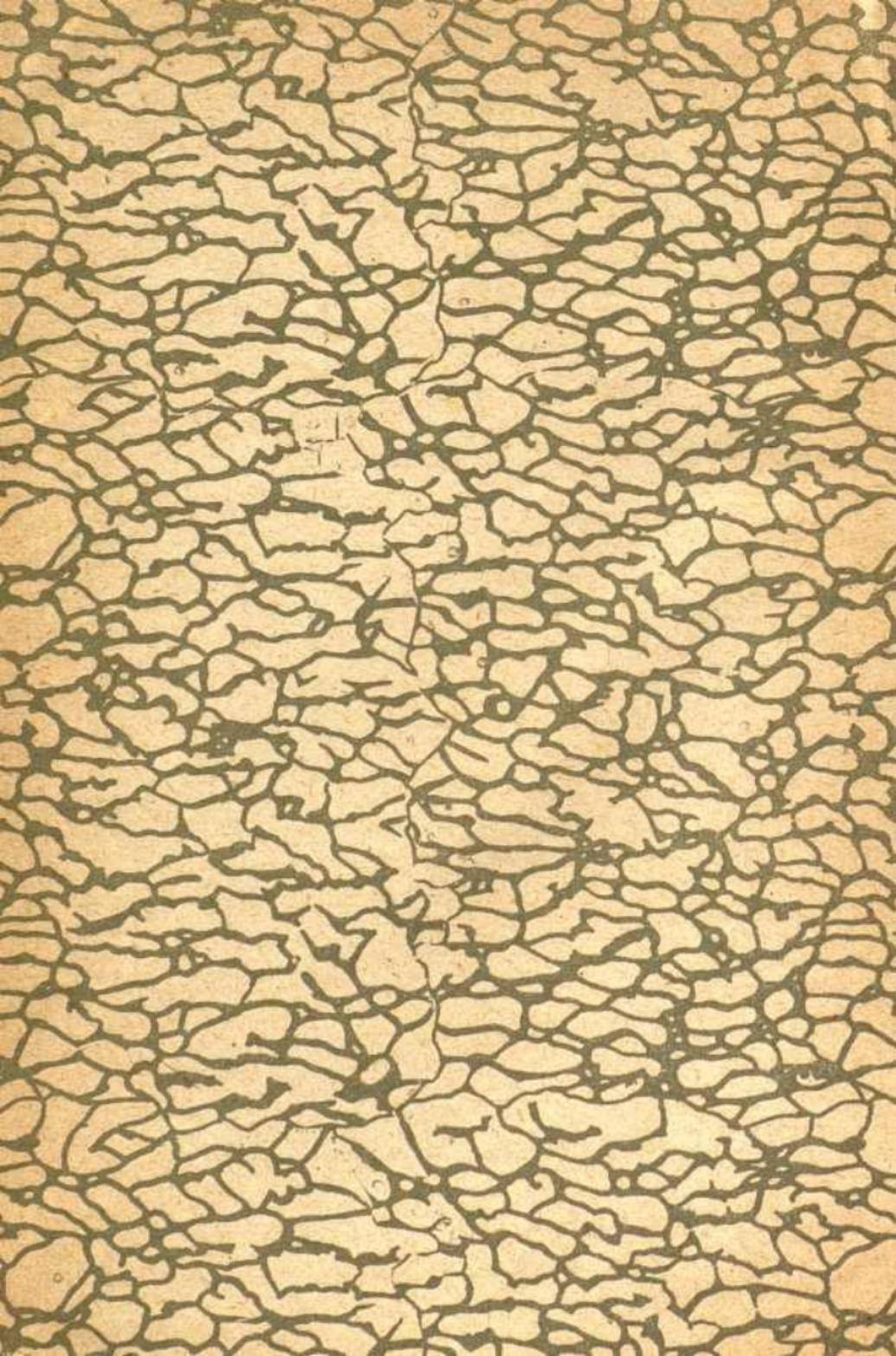
<i>Ensueños.</i>	95
<i>Un episodio</i>	99
<i>Luz.</i>	109
<i>Melancolías.</i>	111
<i>Créeme.</i>	115
<i>Fragmento.</i>	117
<i>A ella.</i>	121
<i>¿.....?</i>	123
<i>Detente</i>	125
<i>Rima.</i>	127
<i>Divagaciones</i>	129
<i>Recuerdos.</i>	133
<i>Deseos.</i>	139
<i>.....</i>	141



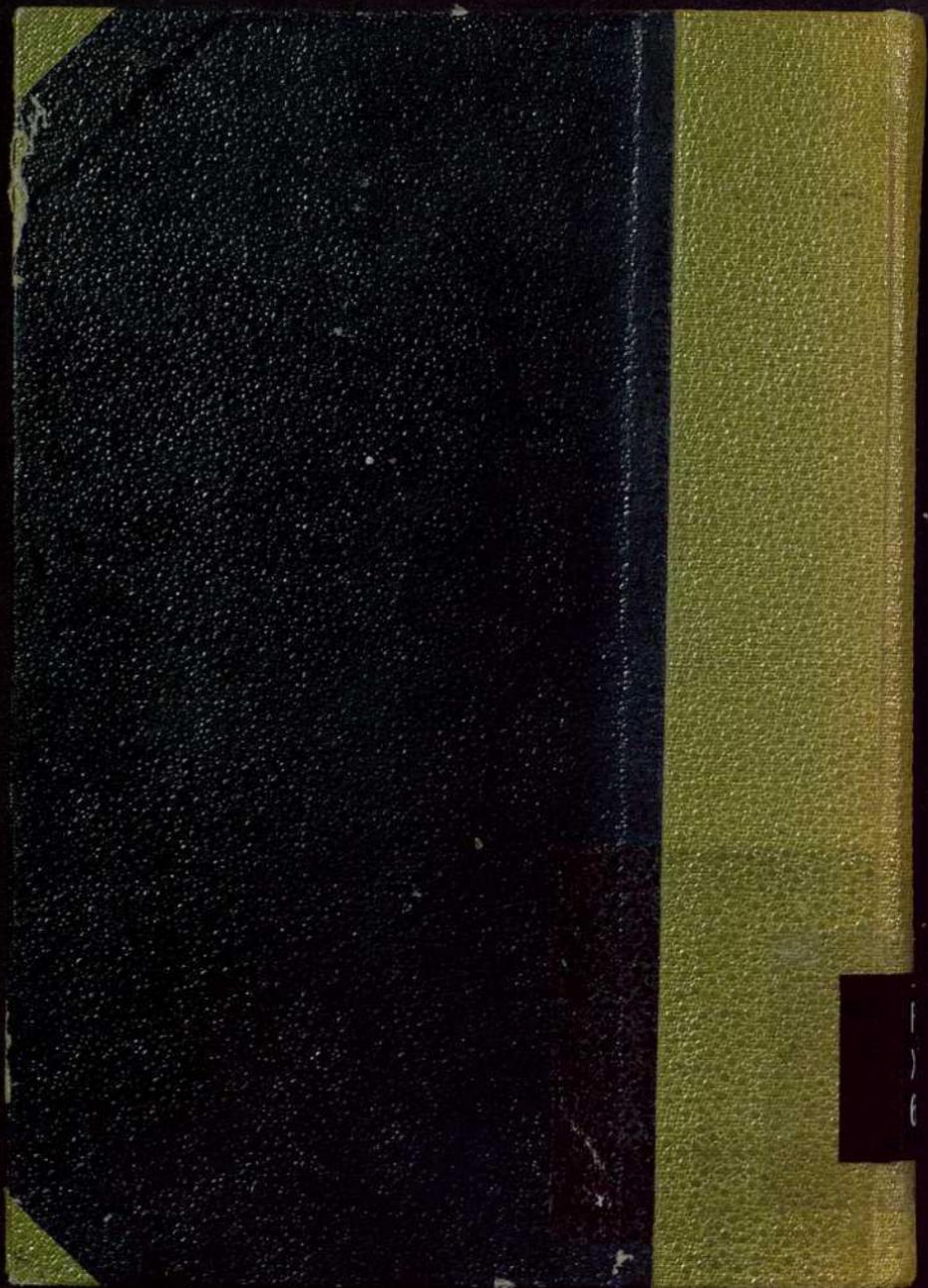












18

FAN
XIX
633